

Duplicado

EL PROBLEMA
DE LA REALIZACION DE LOS VALORES.

Tesis

que presenta
Juan Manuel Terán,
para la Licenciatura en Filosofía.

Facultad de Filosofía y Letras.

U. N. A. de M.

Mayo de 1941.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Señores Sinodales:

En la portada de esta tesis quiero dar testimonio de gratitud por una parte a la Universidad Nacional de México, Institución a la que pertenezco.

Por otra, muy personal a mis padres y a Doña Emilia Mata Castillo; Escuela de afán y de trabajo, cuya verdadera significación se me aclara -- con las reflexiones que forman este estudio.

Las consideraciones que presento tienen como antecedente trabajos escolares y las indicaciones de mis maestros que me inclinaron al tema. Circunstancias especiales me impidieron retocar su redacción todo lo que hubiera deseado. Inclusive algunos vocablos y giros quedaron igual que en las notas originales.

Salvada mi intención repito aquí la sentencia de Goethe, "El hombre yerra mientras tiene aspiraciones."

México, Mayo de 1941.

I.- INTRODUCCION.

La cuestión de la realización de los valores puede plantearse atendiendo a puntos de vista muy diversos. Desde luego se ofrece la posibilidad de una consideración histórica investigando cómo se han realizado hasta ahora en distintas épocas estos o aquellos valores, la belleza, la santidad, etc.; Vgr. la historia de la pedagogía como cualquiera otra historia da cuenta suficiente del punto.

También se puede preguntar con un criterio psicológico — por las vivencias necesarias para que un sujeto capte y efectúe los valores; en otras palabras se pregunta por las leyes empíricas del valorar, porque todo valor se da en actos psicológicos determinados.

Cabe así mismo interrogar acerca de la técnica para realizar los valores con más o menos eficacia, p.e., en la Arquitectura o en la técnica de la enseñanza.

Pero de todas las cuestiones posibles la que nos interesa es aquella que pregunta por los fundamentos a priori de la actividad enseñada o dirigida a la verificación de las obras de la cultura, y que por lo tanto se constituyen en su contenido esencial en virtud de la presencia de valores. De modo que tal como aquí interesa plantearlo no se trata de describir cómo se han venido realizando estos o aquellos valores en tal o cual época; cuestión histórica importantísima pero que ella misma supone la noción que se tenga acerca de la realización de los valores en general. Tampoco se trata de investigar las circunstancias individuales o sociales que favorecen el accer-

no el valor surge esta sería una pregunta de carácter particular propia de las ciencias sociales, o de la Fisiología, de la ausencia de la educación u otras ciencias que como la historia tendrían a su base los supuestos de la pura relación entre valor y realidad. El problema de la relación de los valores en su mejor expresión no es pues de carácter psicológico sino acaso solamente en forma secundaria. En tal confusión podría darse la relación que existe entre la vida psíquica y los contenidos de valor; puesto que todo valor implica como factor indispensable una actividad de elección denominada valoración y el valorar es algo que se da precisamente en la vida psíquica de cada sujeto. Sin embargo el fundamento objetivo de la valoración no debe ser buscado dentro del mecanismo de las leyes psicológicas sino entre la objetividad misma de los contenidos axiológicos.

Si una cuestión sobre los valores ha de tratarse filosóficamente, es indispensable excluir desde el primer momento cualquier fundamentación psicologista al respecto, así como otras derivaciones por el estilo; porque intrusiones de este género conducen a errores desde el comienzo de la consideración.

Nota.— La pureza metódica es una idea clásica en la teoría del conocimiento; véase lo que al respecto dice E. Husserl y H. Kelsen.— Trad. de M. G. Xerente, y J. Gros.— Madrid 1929.— T. I.— Intr.— Pág. — 26.—

"No es engrandecer, sino que es definir los límites al confundir sus límites". Kant.
H. Kelsen.— *St. Labor.*— 1934.— "Teoría General del Estado".— Prólogo.— *Rechtszeits.*— Pág. 7.
"En el arte y en la ciencia como en los actos humanos, lo que más importa es percibir los objetos puramente, y tratarlos de acuerdo con su naturaleza". Goethe.

Al mismo tiempo, debe excluirse del criterio filosófico - las consideraciones de las ciencias particulares de carácter social que tratan de estudiar los fenómenos humanos de comunidad la Geografía Humana, Sociogeografía, etc. pues cabe distinguir los fenómenos sociales concretos históricamente limitados de su dirección fundamental y universal que trata de considerar la Axíología como ciencia pura.

Además, lo que en última instancia hace de la vida de los hombres una verdadera unidad no es la interacción recíproca ni su acercamiento material en el objetivo que es la ley de la voluntad pura; con otras palabras el principio de la finalidad y la idea de valor. Por eso la comprensión filosófica tiene que encauzarse haciendo a un lado las explicaciones y el criterio propio de cualquier ciencia cultural o histórica. Desde otro punto de vista es imprescindible el conocimiento positivo de tales ciencias; Ver., para la técnica pedagógica o didáctica - en general y para modificar las condiciones de la vida humana. Pero esto es materia de otra especie de investigaciones ya que, una cosa es preguntar en absoluto como se realizan los valores y cuáles son los fundamentos permanentes de la actividad humana que a ellos se dirige.

El problema de la realización de los valores nos conduce a buscar los principios o supuestos a priori de todo posible acto de realización y en este sentido su validez es universal, como la de las leyes lógicas, aún cuando las estructuras específicas o las funciones capitales en que se desarrollan los valores son concretas en relación con fundamentos de mayor universalidad pero no existen limitadas por el espacio ni por el tiempo.

Al margen de todos aquellos puntos de vista se trata de -
 buscar los elementos universales, el proceso necesario en el
 que los valores se verifican. Claro que tiene una enorme im-
 portancia la realización de determinados valores: saber cómo
 puede alcanzarse la verdad, el decoro, la gracia, etc., en
 determinadas obras o actividades humanas, pero aún más impor-
 tante que esta cuestión técnica es el punto de vista explícito
 de la teoría filosófica que pretende describir los últi-
 mos elementos que en cualquier acto de realización de valor
 están presentes.

Para esta será infructuoso cualquier intento de resolu-
 ción del problema que vaya más allá del punto de vista axio-
 lógico; esto es, más allá de la estructura del valor, o de
 la constitución y de los elementos de la realidad o la experi-
 encia.

El problema de la realización de los valores puede ser en-
 tendido como una cuestión de técnica antropológica suscepti-
 ble de cometerse en las diversas épocas de los creos en Gri-
 cia, como la de los monjes en la Edad Media tenían prefija -
 los ciertos medios para la formación de la personalidad. Por
 supuesto que tal modo de ver las cosas no interesa directa-
 mente para el objeto de nuestro trabajo.

Por otra parte, la cuestión puede interpretarse desde un
 punto de vista metafísico refiriéndolo p.e.; al destino huma-
 no y tratando de resolverlo por la suposición de fuerzas ocu-
 ltas que obran empíricamente sobre las decisiones humanas.

En general ninguna ciencia puede señalar el camino para
 para la realización de los valores; esto un problema de Arte
 o de Técnica. Lo que sí es posible es descubrir los princi-

pios esenciales que rigen la realización de todo valor. Las enunciaci^ones que se hagan en este trabajo no tienen pretensi^on alguna de servir como reglas prácticas o máximas para que los hombres se comporten de esta u otra manera; sólo envuelven los elementos universales de toda ciencia que en particular haya de resolver acerca de las medidas que en una época determinada se ponen en juego para el mejoramiento de la moralidad y de la actividad que al efecto se desarrolla.

Es claro que la especificaci^on concreta del reino de los valores en ciertas condiciones produce o dá lugar en la realidad histórica a tipos más o menos significados y a una técnica peculiar en cada una de las épocas, ver. el estabo griego o el monje medieval según dijimos; pero esto no niega sino al contrario afirma la absoluta unidad de los valores y una estructura constante en el proceso de su realizaci^on. De cuyo se comprende que la existencia de tipos nada tiene que ver ni puede autorizar consideraci^on metafísica alguna acerca de la realidad.

II.- Al contrario debe explicarse en la Ciencia de la Educaci^on este fenómeno como lo hace Ernesto Krijsack, sin caer en un espiritualismo metafísico. Bosquejo de la Ciencia de la Educaci^on.-Trad. L. Luzuriaga.- Ed. Madrid. 1926.

Por lo demás la pureza de nuestra consideraci^on no contradice lo que siempre nos muestra la experiencia y es que la unidad ideal del valor se multiplica en la realidad. Y es preciso tener siempre en cuenta la estructura de los valores, su polaridad, grado, jerarquía, porque en ello encuentran su explicaci^on las posiciones cambiantes pero unitariamente orientadas de la realidad; ya que esto sucede en todo caso según la ley

los grados y especies del valor. Por el contrario quien pretenda decidir una vez por todas la posición de una tabla inmutable de los fines humanos, en una reflexión constructiva, ya jamás podrá explicar el papel de las distintas épocas y la situación de las generaciones cuya variación históricamente es esencial. Por lo tanto es necesario buscar a toda costa un entronque entre la estructura de los valores y el proceso real de la vida humana así como en general de toda la realidad.

La realidad en su riguroso concepto ofrece la materia de los ideales o valores; pero el ajuste de la realidad con relación a los valores, tiene que ser buscado y decidido unitariamente de acuerdo con los principios explicativos del valor y de la realidad. Pues si la realidad en su estructura no pudiera ofrecer una constitución en todo caso la hace viable para la realización de los valores jamás podría considerarse como el mundo del hombre es precisamente esta unidad estructural entre el orden de los valores y el mundo de la realidad.

La realidad se forma siempre de objetos existentes en un proceso incompleto y nunca acabado; existe siempre como algo que aún siendo no agota todas las posibilidades exigidas en la misma dirección en que se ofrece. Pero como podría juzgarse de este carácter incompleto de lo real si no existiera un fundamento superior a la realidad misma, que sirve de criterio o de medida para enjuiciarlo. No sería posible hablar de la insuficiencia del ser ni de su valoración fuera de este supuesto esencial que es el conformarse según principios ideales Ver. La relación de causalidad rige a la realidad pero en rigor puede ser real.

El problema de la realización de los valores es la última cuestión de la toda Filosofía. Por lo tanto de todos los pro-

blemas filosóficos es el menos abstracto en el orden de la fundamentación teórica. Mas esto no significa que se transforme en una cuestión empírica, ni se menciona nada acerca de la técnica o de la adquisición de destreza para esta o aquella actividad; ya que cuestiones de esta especie están esencialmente excluidas del dominio de la reflexión filosófica.

Se trata de examinar una relación estructural de dos estratos indisolublemente ligados. Scheler ha señalado con precisión en este respecto que la relación entre lo fundante y lo fundado no implica sin más consideraciones de carácter empírico cuando se trata de examinar a fondo esto desde un punto de vista universal. Claro que aquella especie de explicaciones también pueden hacerse sin afectar a la consideración filosófica.

El contenido de nuestra pregunta solamente implica la investigación de las formas indispensables de la actividad humana en cuanto se encamina a la objetivación de contenidos axiológicos; a la creación de un objeto en cuanto se comprende en función de determinado valor.

No es una cuestión novedosa la que ahora planteo sino que data de los primeros tiempos de la Filosofía. Recuérdese el famoso discurso de Sócrates en el "Banquete" de Platón, donde se advierte claramente que no se trata de definir los grados o estratos de la formación humana para los valores, desde un punto de vista meramente positivo, sino universal; también la "República" es ejemplar en este respecto.

Es indudable que los supuestos necesarios para la efectividad de los valores tienen que revelarse y encontrarse en la experiencia cultural. Y si la historia humana no es solamente una

car de incertidumbres : un erroro ir y venir de los hombres, ello se deberá a ciertos fundamentos constantes y unitarios — que le son propios.

Este problema que desde el punto de vista filosófico — significa en última instancia lo que se denominó en Platón — el problema de la participación, es una de las cuestiones — clásicas más apasionantes aún no resuelta. Quizás tal falta — de solución se deba en el fondo a la unilateralidad de criterio para considerarla; sin embargo, conforme a la consagración filosófica trataré de referirme una vez más al menos a su — planteamiento y a los elementos para su resolución.

Fuera de esta dificultad es innegable que la experiencia humana y todo el curso de la historia, se ofrece como un proceso activo de producción de obras valiosas con este o aquel sentido y en el cual todo hombre se ha desarrollado. Este constituye el dato que justifica y da base firme para plantear — la cuestión capital del trabajo. Se tratará de explicar como es posible tal experiencia histórica peculiar del hombre — que constantemente realiza y se recrea en sus obras.

Por lo demás, lo anterior tampoco entraña un quere de última hora; ya los más grandes filósofos de la Grecia habían observado el carácter "demoníaco", o la constitución "erótica" de la vida humana. Importa especialmente sin embargo, insistir en esta especie de experiencia que la filosofía contemporánea designa con el vocablo cultura porque esto es lo que autoriza a preguntarse cómo es posible la vinculación constante entre la realidad y el valor; y además amosa estratos en cuanto categorías de la explicación filosófica vienen presentándose aparentemente como lecciones de una antinomia irresol-

sible y subsistente por la esencia misma de esos términos. Tal parece que originariamente hay una irreductible oposición entre ambos: o el menor en forma dominante así lo concibe el análisis filosófico.

El ilustrado maestro Español Luis Recasens Siches, en su obra Vida Humana, Sociedad y Heroísmo.- Ed. Mex. 1939.- Pag. 13 y 14, enjuicia y aclara esta situación. En otro aspecto y con el merecido respeto, la metafísica de la vida que postula nos pareció insuficiente para resolver la citada oposición.

Como es posible entender que constantemente los contenidos ideales arraigan en continentes siempre determinados o concretos, p.e., lo bello en las obras de arte, la verdad en los principios científicos. Claro que desde la explicación Platónica de la participación, y el principio de la teleología Aristotélica, hasta el espiritualismo de Kohler y Hartmann, se ha pretendido resolver la cuestión a que me refiero; y por lo tanto en forma expresa o implícita habrán de tomarse en cuenta para las reflexiones posteriores como antecedente imprescindible.

Muchas cosas ha resuelto la Filosofía respecto a la estructura de los objetos ideales y específicamente a cerca de los valores; ya son notabilísimas desde un comienzo la Filosofía Platónica y Aristotélica. También la Ciencia ha resuelto bastante respecto a los objetos de la realidad e inclusive de la realidad cultural, desde las doctrinas físicas de los siglos hasta las doctrinas atómicas y energéticas contemporáneas. Todavía queda explorada se encuentra la constitución de los objetos culturales; pero ya constituye

un reino autónomo. Sin embargo a cerca de la relación existente entre los objetos ideales y los reales podemos decir que ha sido el punto de quiebra de todos los sistemas, desde la debatida pregunta respecto de la participación y las respuestas respectivas de Aristóteles y Platón hasta la Etica de Hartmann. Con todo respecto debemos inclinarnos ante el más grande teórico de la educación que fué el genio de Platón porque en esa fuente encontraremos los puntos capitales de nuestra consideración; al menos en su forma central.

Cuál es el modo de enlace de la realidad con la idea? Ante esta cuestión y fuera de las interpretaciones ingenuas tanto realistas como idealistas, se ha dado una doble respuesta, bien en el sentido de que el mundo forma al hombre, en cuyo caso la realización de los valores depende y se determina por las múltiples circunstancias que nos rodean; o bien que el hombre determina al mundo, en cuyo caso el fundamento de todas las cosas es el sujeto constructor del Universo, dentro de la idea de comunidad. Debe tomarse en cuenta que existe un verdadero reino de los fines y nunca una especie de atomización de los valores realizada en el individuo.

N.- Dice en este respecto E. Krisak, Opus. Cit., Pag. 27 "La conciencia del Hombre Clásico estaba determinada por el reconocimiento de que el Estado Ciudad con su orden social, sus asociaciones jurídicas y de culto, era más originaria esencial y superior que el individuo; que éste recibe el sentido y contenido de su vida de la comunidad y que a ella ha de servirle a su vez con

//

su vida y sus actos". Y más adelante: "Este concepto de la comunidad tenemos que restablecerlo nosotros por el único modo que se puede entender el ser de la educación".

La noción de comunidad es una idea clásica para la comprensión del destino humano. Pero entonces ahondar en la estructura de la humanidad es penetrar en el problema mismo de la realización de los valores.

La realización de los valores no es una simple repetición de los hechos tal como se efectúa en el seno de la naturaleza, ni una reacción constante que hayamos convenido habitualmente, sino una verdadera creación del hombre por su propio esfuerzo. Es esencial para acto en consecuencia el principio de la transformación ya que este desarrollo a que se refiere tiene un sentido dinámico que contrasta con el orden natural.

Por una parte el plano concreto de la realidad tiene que ser puesto en claro por las ciencias particulares de la naturaleza a fin de comprender la formación de obras valiosas; pero en cambio en verdadero sentido requiere como supuestos esenciales para su resolución aquello que sólo pueden entregar las diversas ramas de la Filosofía. Esto no quiere decir que al resolver el problema de la realización de los valores se deban sumar todos los conocimientos filosóficos. Pero si la voluntad es el centro mismo de toda obra humana, su dirección práctica y nada más, el querer se encontrará completamente vacío, sin materia, de no tomarse en cuenta todo el orden de los valores y sus principios fundamentales para deducir en concreto el camino válido que una y otra vez conduce a hacer eficientes los ideales.

El primer momento para la realización de los valores tiene que ser en todo caso la voluntad orientada hacia un fin, pero esto no se podrá lograr sin la aplicación de la voluntad persiguiendo sus fines de acuerdo con las formas esenciales de la ciencia o del arte según la especie de obra que se trate de efectuar.

A la pregunta de cómo se forma el mundo de los valores tiene que servir para su respuesta los diversos los diversos fundamentos de todos los territorios de la cultura; porque el mundo de los valores como la total y definitiva armonía de las armonías de cuanto es posible, no puede ser comprendido unilateralmente.

Por lo tanto quiero orientar este trabajo no sólo con el objeto de buscar los fundamentos esenciales para la realización de la moralidad, sino de todos los demás sectores de la cultura, y más de mostrar que la Filosofía de la Educación derivada de la Ética de debe constituir sobre una base y comprensión más amplia que la estrictamente moral, superando toda unilateralidad en su dirección de modo que sea capaz de abarcar desde su propio punto de vista cualquier contenido de valor posible y los territorios de la cultura correspondientes, lo mismo lógicos que estéticos y religiosos y no solamente de carácter estrictamente moral. La Filosofía de la Educación debe concebirse de manera que como la Ética o la Lógica venga a ser una disciplina total e independiente. Desde tal punto de vista los fundamentos filosóficos de la Pedagogía no pueden encontrarse exclusivamente en el dominio de la moralidad sino que han de ser buscados en un sentido mucho más

amplio en la Ciencia, en el Arte, y en todo aquello que para la cultura humana es significativo de valores.

5.- En este sentido: con unidad examinar el gran tratado de F. Haksar "Pedagogía Social". Trad. de M. G. Morante. Ed. de la Lectura. Madrid. -- Un ensayo breve y claro de A. Messer. "Fundamentos Filosóficos de la Pedagogía". Trad. J. Rovira y Ermengol. -- 2a. -- Ed. Labor. S. A. Barcelona. 1933. Especialmente nos complace recomendar del significado maestro español Dr. Juan Boura Pirella, su documentado texto "Educación y Ciencia". Ed. México. 1943.

Por otra parte la proposición de un problema su pone lógicamente la posesión previa de algunos elementos o antecedentes, los cuales explican el cruzamiento o la ignorancia aún no reducida a conocimiento. Esto es, que a pesar del conocimiento que se tiene acerca de ciertos supuestos existe una fase desconocida que es el aspecto central de la teoría. Las circunstancias conocidas acerca de la cuestión además de servir como ingredientes de lo que se plantea, representan la base o criterio en el cual debe apoyarse y fundarse la solución o respuesta. -- La consideración presente de por tierra en forma anticipada con aquellos argumentos que provengan de otra esfera; porque en todo caso libremente puede remitirse a puntos de vista distintos quien trate de negar la tesis sin desoír antes la validez de las condiciones previas en que se apoya.

Toda cuestión supone el conocimiento de algunos elementos que como antes deben dominarse. Pa- ro al lado de esto también se requiere la existencia de

una dificultad que se constituye precisamente por los factores conocidos; esto es, un contenido desconocido e indógnito. Al mismo tiempo los elementos conocidos prestan la base o los puntos de vista firmes en que se debe apoyar la solución en aspecto desconocido o negativo en lo que debe ser tratado y resuelto hasta alcanzar su concepto. Esta consideración exige consecuentemente introducir previamente los elementos fundamentales limitadores y básicos de nuestra interrogación.

II.- La doctrina lógica había olvidado la enorme importancia de la aporía como forma esencial del conocimiento. La Filosofía contemporánea reivindica su significación. Véase La Lógica de la Ciencia.- Larroyo-Sevalba.- III Ed. Méx. 1941.- Cap. Sexto.- Pág. 162.- "La Aporética".

Desde luego cualquier investigación sobre el problema de la realización de los valores supondrá necesariamente la idea de valor o que sirve de por sí en primer término al problema mismo. Por otra parte se tiene como supuesto indispensable la idea de realidad en general — cualquiera que ella sea. Y sólo bajo estas dos condiciones será posible abordar la pregunta central.

Toda proceso de realización forzosamente tiene que concebirse referido a algo que no es real. El realizar tiene como objeto o principio algo no real, pero en caso en cierta medida realizable. Se entiende que carece de sentido pretender realizar lo que es real. Pues la rea-

lidad como tal excluye esencialmente el acto de realización. Vga. tratar de realizar una determinada cosa física, una piedra, un cuerpo, que ya se da por sí. En suya toda realización lo es de algo no real. Y lo que es real no puede realizarse.

De lo anterior se infiere que todo proceso de realización se orienta o proyecta en el porvenir, en el futuro, por lo mismo más adelante será preciso referirnos al tiempo como la forma de realización de los valores y ya veremos en qué medida.

Por otra parte lo no real se dice ideal; aquello que todavía no es o cuyo ser es de tal naturaleza que no puede aprenderse en concreto. Por eso será necesario referirnos a los valores, constitutivos de otra dimensión.

Claro que el problema de la realización de los valores desde su planteamiento tiene que partir en cuanto se considere como una cuestión filosófica, del estudio del mundo de los valores; más no existe una disciplina unitaria que muestre la estructura de todos los núcleos de valor posibles.— Acaso la doctrina que en general tiene que mostrar la esencia de los valores es la lógica, al analizar los fundamentos y especies de juicio y encontrarse con el llamado juicio de valor. Por ahora en los límites de estas páginas no puedo referirme especialmente a la justificación de este tema.

Por otro lado también debe establecerse en la base misma del problema los elementos integrantes de la estructura de la realidad espacio temporal, de la que es indispensable partir en algún modo para la creación de las obras de la —

cultura. Pero también esto es en primer término una cuestión de la Teoría de la Ciencia, de la Teoría pura de los objetos y solo secundariamente nos dan cuenta de lo real las múltiples ciencias denominadas Particulares.

En el reino de los valores la Ciencia Cultural real-correspondiente a la Filosofía de la Educación entre otras es la Pedagogía; cuya acepción teórica debe distinguirse - de su simple acepción técnica en la cual los investigadores merecen todo elogio por la amplitud y cuidado de sus experiencias.

Pero al margen de todas estas cuestiones que supongo conocidas para la comprensión de nuestro problema, lo propio de nuestra pregunta se dirige al conocimiento de los estratos puros que son indispensables para elevarse en todo caso a los valores; y lo cual debe de ser determinado desde un punto de vista trascendental y esencial no solo fuera de toda consideración de las ciencias especiales de la naturaleza o de la cultura, sino aún en forma distinta a sus problemas y a la valorización en las distintas ramas particulares. En definitiva lo que aquí se busca tiene un territorio autónomo o una esfera propia para el desarrollo de sus cuestiones. Porque la relación entre valor y realidad da materia suficiente para una doctrina filosófica homogénea distinta a todas las demás aunque vinculada con ellas y que es la Filosofía de la Educación.

El problema de la realización de los valores que involucra un principio dinámico requiere antes que su tratamiento como tal el análisis de los elementos al menos en forma somera desde un punto de vista estático. Describir-

por separado analíticamente las formas esenciales para la realización de los valores, que son en primer lugar funciones normativas y de la cultura humana. La comprensión global o sintética que se implica en la cuestión planteada requiere previamente una doctrina de los elementos que nos exhiba con claridad en que consiste la realidad y cuáles son sus categorías fundamentales; y por otra parte la estructura de los valores como puros objetos ideales.

La Filosofía como toda ciencia tiene que reconstruir el proceso de formación de las cosas. Allí se encuentra entre nosotros el producto de la cultura humana que es el dato; pero nuestra cuestión exige investigar como se han llegado a formar en todo caso los bienes humanos. Así, el contenido total de la investigación lleva en su seno y en cada momento de su desarrollo, los principios esenciales y los núcleos fundamentales de valor como su objeto propio; pero una tarea de esta magnitud excede al objeto que aquí se propone.

En suma, la consideración de los elementos necesarios para situar y plantear el problema de la realización de los valores, exigiría para su exposición completa nada menos que la doctrina íntegra de cada una de las disciplinas filosóficas fundamentales; una teoría de la experiencia en su más amplia acepción y una axiología. Por lo tanto aquí solo tomaré en cuenta de manera expresa las conclusiones fundamentales que como antecedente auxiliar pueden servir para la cuestión que planteo.

En primer lugar habrá que caracterizar y resolver — aún cuando sea provisionalmente que es la realidad; término

implícito en la enunciación del tema. Por otra parte deberá contestarse en análoga circunstancia que con los valores; que es el otro elemento mencionado. Solo después de esto adquirirá sentido el punto central del trabajo o sea la pregunta acerca del enlace o relación existente entre ambos objetos.

Es interesante observar la coincidencia dada entre el ser y el valer. Recuerdese la expresión verificar que dice tanto como realizar y que en la significación misma de las palabras confunden un sentido equivalente al ser con la verdad. En el pensamiento de Platón este es un punto cardinal que frecuentemente se olvida por desgracia.

Es sorprendente que aún la más íntima realidad implícita forzosamente algún valor aún cuando sea de tipo sensible. Y precisamente en virtud de esta unidad entre la realidad y el ideal es posible y tiene sentido plantearse a priori el problema de la realización de los valores. Mas esto no significa que nuestra recreación haya de efectuarse fuera de toda experiencia lo cual sería un absurdo.

Empero, nos autoriza la experiencia los datos que podemos obtener, para plantear el problema de que se trata. No sucederá que entre la realidad y el valor se abra un abismo insalvable. En verdad no existe tal peligro porque toda la actividad humana se viene orientando y desarrollando por todos los tiempos en el plano de la realidad y precisamente en el círculo de los valores. Se presenta constantemente con uno y otro aspecto.

En cuanto a la importancia del problema así como otras cosas que se refieren a la actividad humana en el plano de la realidad.

cuestiones filosóficas estriba en que su resolución tiene que explicar y fundamentar universalmente las diversas situaciones en que se han realizado y que se realizan los valores; estos, a la experiencia misma y aún más a las ciencias particulares como la Historia del Arte, de la Religión, de la Pedagogía, etc.

Y singular importancia tiene para el educador en las amplias acepciones del vocablo educación; para el hombre que sabe encontrarse siempre en vía de formar un grado más alto en su dignidad y de lo cual no puede prescindir. Mas de cuyo se comprende que esto es válido para todo ser humano y por ende cualquier sistema pedagógico tendrá que fundamentarse en la Teoría Pura de la Formación Humana. Quiero concluir esta observación con las aladas palabras de F. Schiller en el final de su carta IX sobre la Educación Estética del hombre, palabras siempre actuales dirigidas a la juventud: "Al joven que, ansioso de verdad y de belleza, me pregunta cómo, a pesar de la resistencia del siglo, podrá dar satisfacción al noble anhelo que siente en su pecho, yo contestaría: Imprime al mundo en que trabajas la dirección hacia el bien, que el vano ritmo del tiempo traerá su desenvolvimiento. Y en esa dirección habrás empujado al mundo si, al enseñar, elevas sus pensamientos a lo eterno y necesario, y si, al actuar o al crear, conviertes lo eterno y necesario en objetos de sus inclinaciones. Se derrumbará el castillo de la ilusión y del capricho, tiene que derrumbarse, ya se ha derrumbado, tan pronto como estás seguro de que se cuartea; pero ha de cuartearse, no sólo por fuera, sino por dentro del hombre. En el público sociólogo de tu espí

ritu ería la verdad vencedora, sácala de tu pecho y estámpala en la belleza; que no solamente el pensamiento se rinda ante ella, sino que también el sentimiento acija amorosamente su visible espacio. Y para que no te acorteces recibiendo de la realidad el modelo que tú has de dar a la realidad, no te aventures en su sospechosa compañía antes de haber afianzado en tu errazón un edicto ideal que te sirva de fiel guardia. Vive con tu siglo, pero no seas el juguete de tu siglo; de a tus contemporáneos, no lo que ellos aplauden, sino lo que necesitan. Sin haber sido cómplice de sus faltas, comparte con noble resignación los castigos que están sufriendo; y acomodádate libremente al yugo que ellos ni pueden acudir ni pueden aportar. El firme valor con que desprecias su dicha, los demostrará que no es tu cobardía la que se inclina ante sus sufrimientos. Cuando tengas que incluir sobre ellos, representáteles tales como debieran ser; cuando exigas en la tentación de actuar por ellos, representáteles como son. Busca su aplauso por medio de su dignidad; pero en su vileza salienta su fortuna, y así la nobleza de tu alma suscitará la suya propia, y, en cambio, su indignidad no vendrá a destruir tu propósito. La seguridad de tus principios, los apartará de ti; pero en el juego aún podrán esportarla; su guato es mas puro que su corazón, y has de atrapar al paso al audaz fugitivo. Vano será querer arruinar sus máximas, vano condenar sus actos; pero en sus ocios puedes intentar poner tu mano creadora. Limpia sus placeres de capricho, de frivolidad y de grosseria, y poco a poco, sin que lo noten, purificaras también sus acciones, y, por último, sus sentimientos. Redáales, por dequiera, de --

formas nobles, grandes, espirituales; enciérralos en un cerco de símbolos de la perfección, hasta que la apariencia logre vencer a la realidad y el arte a la naturaleza." "La Educación Estética del Hombre en una serie de cartas" Trad. M. G. Morente. Ed. Madrid 1920.

LA REALIDAD (II).

La palabra realidad tiene diversas acepciones que conducen a facilitar su uso pero al mismo tiempo lo hacen peligroso. La amplitud de su sentido abarca los objetos más distintos. En una de sus significaciones se refiere a cualquier contenido que se halle frente a lo psíquico, o a lo que tiene existencia en el límite de la subjetividad. De suerte que también los objetos ideales o metafísicos forman parte de la realidad en cuanto se mantienen como algo objetivo respecto al sujeto.

Aún más, la noción de realidad puede asimilarse o identificarse con la de ser; comprendiendo en esta acepción a todo lo posible, a la existencia en general de algo, incluso a los procesos psíquicos. Esto es, todo lo existente — cualquiera que sea, todo algo, es realidad. En consecuencia lo real solamente será posible contraponerlo a la nada.

Pero en un sentido estricto el término realidad menciona exclusivamente el conjunto de los objetos de la experiencia inmediata que pueden intuirse sensiblemente en un determinado tiempo. La realidad se asimila al mundo físico y a los objetos psíquicos; aproximándose de esta manera a aquella acepción según la cual menciona todo lo que existe naturalmente. Realidad es equivalente a naturaleza.

Esta es la significación que interesa precisar mejor - porque como espero demostrarlo, en la explicación de nuestro tema resultará insuficiente, y eso mismo exige establecer previamente el concepto que se trata de superar.

La realidad es cuanto fenómeno de la naturaleza puede determinarse en primer lugar con relación al sujeto de la experiencia o del conocimiento en general, como todo aquello que sea objeto inmediato de la conciencia, o dado en intuiciones sensibles. Incluyéndose no solo a las cosas físicas, químicas, orgánicas, etc., sino también los procesos psíquicos que se nos hacen conscientes en la percepción misma de los hechos y que son los elementos subjetivos de la experiencia. En otras palabras aquellos contenidos que tradicionalmente se designan objetos de la experiencia interna.

N.- La comprensión natural del mundo fenoménico separa radicalmente los fenómenos externos de los fenómenos internos insistiendo en postular un yo analíticamente frente al mundo; como si la conciencia pudiera ser antes que sus contenidos. El condicionamiento recíproco entre sujeto y objeto mantenido por el idealismo trascendental se desconoce como uno de sus postulados fundamentales cuando se le disputa el desconocimiento de la dependencia mutua del yo y del mundo. Bastaría citar una glosa crítica recogida de la traducción del ABC de la Filosofía Crítica* en Waterp. del Prof. F. Larruyo. Mé. Méx. 1936 que dice: "La conciencia no es algo que se presente frente o con independencia de sus contenidos, percepciones, recuerdos, en suma fenómenos. Mas bien estos contenidos son los que internamente la condicionan en cada caso". Pág. 125. Por otra parte la conciencia es irreversible; el objeto es siempre - lo condicionado, pero nunca como tal puede partir de - él alguna dirección intencional.

La naturaleza comprende tanto el ser físico como los fenómenos psíquicos; pues en rigor no existen dos series paralelas de fenómenos, unos externos y otros internos; sino que la estructura del fenómeno como la de todo contenido requiere siempre de su doble dirección objetiva y subjetiva.

una explicación unitaria en la esfera de la causalidad y dentro de un solo tiempo, porque es un sin sentido suponer la existencia de dos tiempos. Esta caracterización de la realidad en vista del sujeto que conoce se contrapone a aquella forma de conocimiento que se aprehenden por la pura facultad de pensar discursivamente o de intuir con evidencia determinados objetos; a lo que se denomina la intuición espiritual de objetos no físicos ni psíquicos sino eidéticos o metafísicos. Esto es independiente de que se reconozca el carácter principal o secundario tanto del conocimiento discursivo e intuitivo y de sus correlativos objetos.

En suma, así es lo que da a la facultad de percibir directamente ciertas cosas, a lo que es materia de percepción o de experiencia inmediata. Aquello que se da directamente a nuestra conciencia a través de nuestros sentidos.

Por otra parte la realidad no solo es determinada en relación con el sujeto que la aprehende sino también objetivamente. La caracterización más clara y acusada es aquella que le atribuye como nota esencial la duración limitada respecto al tiempo. Así se dice que todo fenómeno transcurre o existe en momentos concretos. Todas las cosas tienen un comienzo y un fin. Se originan ahora y son perecederas.

En nuestro juicio para caracterizar a la realidad desde este punto de vista no es suficiente señalar su duración limitada en el tiempo, su existencia finita; sino que es fundamental especificar la noción de duración finita con el concepto de mutabilidad o de constante variación; porque aunque la determinación no la distingue completamente. Hay que agre-

Por a esta concepción que la realidad dura en forma incesante; porque a su temporalidad limitada o válida concreta se se añade la mutabilidad o inconstancia de los elementos que la integran.

La realidad se transforma internamente momento a momento y a esto es a lo que se denomina contingencia o variación. No basta por lo tanto concebir a la realidad en la relación de tiempo concreto. Debe añadirse como esencial este factor de cambio o de fugacidad que es una categoría derivada del tiempo mismo, que sirviéndole de fundamento no la explica del todo. El tiempo en general no basta para concebir con exactitud la realidad.

En relación con su ley constitutiva también puede entenderse y definirse la realidad. Además de la caracterización-expuesta hasta ahora es indispensable referir la existencia de las cosas de la naturaleza al principio de causalidad. — Porque tal cosa significa que lo real no solo varía momento a momento en el transcurso del tiempo; sino más aún que esta mutabilidad se encuentra siempre determinada de acuerdo con leyes universales y con la existencia de ciertos acontecimientos también concretos y variables denominados causas. Los fenómenos que integran la realidad no se explican sino en virtud de otros que forzosamente los preceden; de modo que el fundamento de todo cambio en la realidad es la existencia de algo que ha sucedido previamente. Los fenómenos se explican sucesivamente de un antes a un después. Hay un sucesivo írrico y una repetición regular y presente de los hechos en los límites de la experiencia.

Todo esto quiere decir que el transcurso y cambio de la

realidad en el tiempo debe sumarse su estructuración causal
importe sobre manera dejar acutado el criterio de causalidad
en virtud de que la constitución de todo lo real como
versos, no se agote con la explicación causalista. Porque
los acontecimientos dados en el tiempo concreto pueden defini-
rse y comprenderse por otro camino que el del tiempo ficti-
co y de la ley causalidad. Se refiere a aquello que sucede
en lo que se podría denominar tiempo histórico.

La sucesión histórica pura no es por sí decirlo otro
tiempo tal cosa sería absurda, porque la duración como una
categoría fundamental del ser es única e idéntica. Pero a esto
no se opone la especificación del tiempo en dos direcciones
al tratarse de la constitución de los fenómenos: una en la
relación de causalidad y otra en la relación de finalidad.
De suerte que la unidad de la realidad en un aspecto se con-
prende y limita como naturaleza, en otro como cultura.

Por otra parte la estructura del valor no se corresponde
ni se ajusta plenamente con las posibilidades de la experien-
cia en cuanto solo involucra el reino de lo natural tal como
lo explica las ciencias particulares correspondientes.

Estas consideraciones implican la proposición de un lí-
mite para la teoría de la experiencia y para la metodología
de las ciencias reales; al ser en la forma dominante en
que se viene postulando tradicionalmente. Pero en el nuevo
criterio la esfera de la realidad cultural sin perjuicio de
los postulados de la natura-lexa, se distingue con claridad.
Con esta alude especialmente a la distinción metódica que
la filosofía contemporánea establece entre las ciencias na-
turales y las ciencias de la cultura. Véase el cuidadoso

Tratado de M. Rickert (Ciencia Cultural y Ciencia Natural)
Trad. M. G. Moreno. Ed. Calpe. Madrid 1922.

Lo anterior exige y hace necesario un concepto de la realidad más amplio y exacto que el punto de vista de la naturaleza: de modo que en él se pueda abarcar también todo el conjunto de objetos inexplicables por la ciencia natural.

Admitida la ampliación metodológica que es indispensable para comprender tanto la realidad natural como la cultural, aún comprende más la afirmación siguiente: que la doctrina de la experiencia comprensiva de la realidad natural y de la realidad cultural es insuficiente para el planteamiento del problema y del estudio mencionado y de la realización de los valores. Solo que la demostración de este acerto requiere exponer con la amplitud mayor la noción de realidad en sus diversos significados.

Por ejemplo las significaciones más universales del conocimiento no son objetos que pueda hacer surgir cuestión alguna en los puntos de vista que hasta ahora he expuesto: puesto que quedan citados fuera de la esfera de la realidad en cuanto se dice que son siénticos. Lo siéntico es íntegro y contenido objetivos que viven fuera de la consideración de las ciencias reales.

Sin embargo las significaciones normativas de carácter contingente o positiva si tienen una duración limitada; una validez concreta o temporalidad finita. Con relación al sujeto de conducta este las comprende por medio de su facultad de querer, de su voluntad, en forma inmediata directa. No obstante lo anterior estos contenidos normativos concernen

cos no son susceptibles a ningún fenómeno de la naturaleza; porque ni se dan a la subjetividad en la misma forma que ellos ni se rigen por el principio de la causalidad; ni tienen una duración real en la excepción analizada. Por eso con razón los teóricos del derecho insisten y en contrastar lo natural con lo normativo. Debe advertirse algo que con frecuencia pasa inadvertido y es que no toda significación es universal e idéntica; al contrario, la validez objetiva de las significaciones, conceptos, juicios, normas, etc., adoptan distintos grados en su forma de existencia que va desde la significación fugaz y transitoria de un juicio o una interrogación casual, común y corriente, hasta las significaciones puras de los conceptos matemáticos. Pero en este mundo de las significaciones hay multitud de grados intermedios inexplorados; e igualmente las llamadas normas positivas tienen una estructura intermedia o peculiar con relación a las significaciones puras o de significación absoluta y a aquellas de carácter fugaz y pasajero. También las llamadas leyes reales tienen una constitución análoga. Toda ley natural tiene un valor relativamente permanente pero en definitiva limitado. Su validez es meramente acortórica porque se refiere a la experiencia misma en la que se motivan y a la cual rigen. Ellas pueden ser invalidadas por la modificación de los hechos a que se refieren. Las leyes naturales tienen una duración más o menos constante; determinadas y ligadas a la duración de su especie. Es verdad que su valor objetivo en los hechos hace aparecer con una firmeza o permanencia notable en relación con los fenómenos a que se refieren. Como relig

ciones generales son inmutables frente a la variación in-
constante de los hechos mismos. Son significaciones de re-
lativa universalidad que se ciernen invariables sobre el
ir y venir de los hechos. Y si bien no son en última in-
tancia válidas en absoluto si indican una regularidad ob-
jetiva de carácter temporal; esta es, su modificación o ex-
istencia puede anularse con el cambio de los fenómenos.
Paradójicamente esta posibilidad de cambio no altera su
carácter de constantes para la experiencia.

Lo que distingue a las significaciones normativas contin-
gentes de otros objetos de la realidad no es precisamente su
valor limitado en el tiempo; porque esta propiedad es común
a muchos fenómenos de la naturaleza y en cierta medida a
la validez de las leyes que los rigen. Por lo tanto la condi-
ción distintiva de los contenidos normativos limitados debe
buscarse en otra dirección.

Lo que persite definir a los contenidos normativos es el
sentido teleológico de su existencia; porque toda realidad
normativa se halla determinada en función de un acontecien-
to propuesto como fin. Los fenómenos de conducta p. e., se en-
tienden en la relación de finalidad; las normas positivas ex-
presan situaciones positivamente permanentes de mayor o menor
generalidad pero nunca de universalidad absoluta.

Así como lo anterior ya nos estamos refiriendo a otra espe-
cie de realidad irreductible a la realidad natural y al mismo
tiempo este criterio nos indica que no toda significación es
absoluta; de suerte que la comprensión clara de los conteni-
dos significativos solo podrá lograrse a través de una abstrac-
ción general de las significaciones.

Los objetos normativos no se explican en razón del prin-

cipio de causalidad aún cuando él subsiste su validez limitada en tiempo su duración finita como lo es la de todo hecho histórico. La consideración acerca de sus contenidos culturales no puede orientarse siguiendo el hilo de los fenómenos de la naturaleza; porque la cultura no es algo que exista por la explicación de un principio diferente al de la causalidad respecto a los mismos hechos de la esfera de la naturaleza; sino la constitución autónoma y homogénea de otro mundo esencialmente distinto e imposible de asimilar al natural.

La forma de explicación de todos los contenidos concretos de la cultura es la teleológica. Pero el principio de la finalidad no debe coordinarse o ponerse en el mismo plano que el de causalidad. Porque el de los contenidos culturales, fines o medios, puedan ser dados con validez absoluta o relativa. Así, el bien se presenta como un bien absoluto; en cambio la conquista de un país es un fin relativo.

Esto quiere decir que para el orden de los fines y de su esfera no pueden establecerse estrictamente las limitaciones que la Teoría de la Experiencia mantiene para los hechos de la naturaleza. La esfera de la cultura no se compone de acontecimientos del dominio de la sensibilidad; sino que abarca además como materia todo un círculo de objetos insospechados para el criterio naturalista, actos, obras de arte, preceptos, reglas, juicios, etc., de donde se ve que la experiencia cultural o sencillamente la cultura como el desenvolvimiento total de los hechos históricos admite en su seno incluso una variedad de contenidos ideales. Es cierto que hay objetos cuya existencia es muy limitada. Deter-

minadas obras de arte y aún las más excelentes pueden convertirse en ruinas y destruirse, desaparecer; las mejores leyes y costumbres se modifican y se pierden en la historia. Pero también hay contenidos que se sustentan objetivamente como eternos e inmutables; y sin embargo, a pesar de esta permanencia absoluta se conciben y existen como realidades de la cultura; Vga. los axiomas de la matemática o en general los juicios de la ciencia pura.

Esta especie de observaciones exige una amplitud de consideración que más adelante procuraré desenvolver al tratar y relacionar los estratos de la realidad con su fundamento axiológico.

III.- EL VALOR.

La realidad por excelencia se presenta a primera vista en los denominados objetos físicos, en las cosas corporales; pero los valores no son objetos de la realidad física y ni siquiera de carácter psíquico. Frecuentemente los pensadores de nuestro tiempo expresan esto diciendo que los valores trascienden a la realidad. Podemos estar conformes con esta manera de decir si quiere significarse con ella solamente que los valores se distinguen y se caracterizan frente a la realidad misma; pero siempre que no se prejuzgue de su determinación original, la manera de relacionarse y su estructura.

N.-Dice H. Rickert, Opus. Cit. Pág. 91.-"Los valores no son realidades ni físicas ni psíquicas. Su esencia consiste en su vigencia no en su realidad factual".

También A. Weiser. "La estimativa". Trad. T. Carravia - M. Madrid 1932; sobre el relativismo y absolutismo axiológicos. Págs. 29 y 32 a 36.

Una exposición y crítica acerca de los valores. V. Larroyo. "La filosofía de los valores". Mex. 1936. Especialmente el capítulo II.

Al mismo tiempo se incluye a los valores en el reino de los objetos ideales. Con esto se precisa más su naturaleza más no lo suficientemente; porque la afirmación referida — puede ser suscrita tanto por una concepción metafísica de los objetos ideales como por la doctrina opuesta, el idealismo crítico. Así mismo, el relativismo sensualista podría estar de acuerdo en aquella proposición, porque todo depende de lo que se entienda por objetos ideales.

M. — E. Husserl en sus investigaciones lógicas desenvuelve ampliamente una verdadera teoría acerca de los objetos ideales, distinguiéndolos tanto de los procesos psíquicos como de los objetos metafísicos.

Pero debe agregarse que si se afirma que los valores son — objetivos y aún más que tienen la objetividad de lo ideal,

no se debe entender que existen como entes substantivos constitutivos de otro mundo trascendente, más allá de la realidad. Suponiendo que sean otras cosas por encima y además de los objetos denominados bienes, pues con tal expresión solo debe entenderse que se les abstrae del dominio subjetivo — para concebirlas en el plano de la validez objetiva frente al sujeto; del mismo modo que existen otros muchos objetos — como en las obras de la cultura y las cosas de la naturaleza.

Los valores existen frente al sujeto; pero no trascienden la relación de conocimiento. En sentido amplio se constituyen siempre en actos intencionales que a ellos se dirigen. Enos aún pueden ser trascendentes los bienes mismos — que los sustentan. Del mismo modo que las leyes físicas no trascienden los fenómenos físicos ni los principios morales a la actividad que a ellos se dirige, sino que se incluye — en su peculiar esfera sin agotar su ser; en una como ningún principio se trasciende a la esfera que explica sino

referido en todo caso a ella misma. Los valores son así innan-
nentes a las cosas o actividades humanas que les sirven de -
apoyo. Nunca son ni se conciben de espaldas a los contenidos
reales.

Caracterizados los valores dentro del reino de la obje-
tividad todavía no se ha explicado lo suficiente su natura-
leza. En el conjunto objetivo de los seres puede irse desde
aquello que existe empíricamente, con realidad concebible, has-
ta las supuestas entidades metafísicas; pasando por las le-
yes naturales, los contenidos normativos, los objetos matemá-
ticos, etc., etc.

La objetividad de los valores se limita y precisa en --
mejor grado cuando se les atribuye al ser ideal tal como se
ha aludido en un sentido propio. Porque con esto se excluye
como vamos a ver cualquier explicación relativista o empírica,
realista o metafísica de ellos. Si la universalidad es esen-
terística esencial de los valores no podrá explicarseles por
las condiciones estrechas de lo psíquico o lo físico que siem-
pre se constituyen en acontecimientos particulares y relativos.
La idealidad de los valores indica que ellos permanecen ante
lo uno frente a lo múltiple del suceder fáctico. Así se dis-
tinguen los valores de los objetos reales físicos o psíquicos;
esto es, de todo hecho.

N.- Platón descubre por primera vez el carácter objetivo
e ideal de los valores con su doctrina de las ideas; especialmente en el diálogo "República" o de la
"Justicia". T. I.- Ed. U.N.D.M. 1922. Diálogos.- Pág.
de verso de H. Eickert. Opus. Cit. Lo psíquico y --
los valores. Pág. 26. y el Cap. XIV. Especialmente
el párrafo denominado la objetividad de los valo-
res.

Lo importante es que descubierta su dimensión objetiva
y eidética se cierra la puerta al relativismo axiológico --

cualquiera que el sea. En cambio puede favorecerse la explicación absolutista de carácter metafísico si a esta especie de objetos ideales se les substancializa en un supuesto mundo de carácter real y supraempírico. Se recaerá entonces en un error peor que el relativismo; porque dentro de él la razón aún puede elevarse y orientarse sobre la base firme de la experiencia; pero en cambio en la otra posición se perderá en el vacío de sus propias falacias.

Los valores son en primer lugar relaciones puras y fundamentales de preferibilidad. Siempre la valoración de un objeto implica un acto de elección con relación a otros objetos; solo el valor mismo no puede ser ya en su propia dimensión materia de elección. En realidad no elegimos entre distintos valores sino entre diversos objetos. Decimos esto vale; luego pudiera no valer. Vale más frente a otros contenidos. El valor es la idea pura de lo preferible; magnitud conforme a la cual se elige o valoriza. Es la representación ideal de una finalidad absoluta.

N.- Esta característica se encuentra expuesta p. e. en F. Brentano. "El origen del conocimiento moral". -- Trad. H. G. Morante. Rev. de Occ. 1927. párr. 15. en la pag. 31 "Lo que queremos es, de varias maneras, un medio para un fin. Entonces queremos -- y aún más que en cierto modo -- ese fin. El fin puede ser, muchas veces, medio a su vez para otro fin -- más remoto; es más, en un plan de amplia previsión aparece con frecuencia toda serie de fines coordinados y subordinados, como medios, unos a otros." "No sobreviene a un objeto sino en su relación con otro". "El valor de un objeto, su validez, no es concebible sino en atención a un segundo objeto con respecto al cual es valioso" *11. Esser. Opus. Cit. Pág. 1617*

pero la preferibilidad esencial al valor implica la elección negativa como correlato de ella; esto es, el no valer, que no es algo así como otro valor, sino la función --

-34-

contraria a la praxiabilidad; por ende se encuentra puesta en la estructura de todo valor como tal. Esta doble función de los valores es lo que se designa en la terminología axiológica, polaridad. La axiología reconoce esta posición especial del valor. "La existencia de un valor positivo es un valor positivo; la no existencia de un valor positivo es un valor negativo."

N.- F. Brentano. *Ibid.*- Pág. 21, 22, Págs. 37, 38.-
"Entre dos actitudes opuestas siempre es una justa y otra injusta.- *Ibid.* Pág. 31.- *Ibid.* Pág. 23, Pág. 46. "Pluralidad de lo bueno" y Págs. 52 y 56.

Pero la valoración positiva y su correlato negativo — contienen otra dimensión esencial de la estructura de los valores; esto, la gradación. Unos objetos valen más que otros de la misma especie. Hay obras de arte más bellas o menos bellas. Esta escala de valor es inferior a medida que se aleja el bien cultural del polo positivo del valor. Pero además tiene que desecharse la creencia en que pudiera haberse al pensar que por su decirlo existe un valor negativo cerrado y autónomo, frente a uno positivo; tal cosa conduce a aquella doctrina que juzga a los valores como entes o cualidades en sí.

Pero las relaciones axiológicas todavía presentan en la esencia del valor lo que se ha denominado jerarquías porque al referirse unos valores a otros y contrastarse resultan ordenados en cierto escalamiento que hace preferible unos a otros. Vea. la verdad a la belleza o viceversa. De manera que a priori cada valor tiene un lugar dinámico en el mundo de los valores. En verdad no sólo preferimos unas cosas a otras sino un género de objetos a otro género.

N.- La hondura del problema es patente; véase p. o. un

capítulo dramáticamente logrado que tiene por tras-
fondo esta cuestión en G. Radbruch. "Filosofía del
Derecho". párr. 7. El fin del Derecho. Especialmen-
te págs. 74, 75, donde narra entre otras el hecho
de que "cuando el templo de la Isla de Fild, en el
Kilo fue destruido a causa de una construcción de
canales, protestó de ello públicamente Sir George
Birdwood. Entonces Sir Binell", le dirigió esta
pregunta: ¿qué haría Sir George Birdwood, si al ha-
llarse en una casa incendiada hubiera de elegir
para salvar del fuego entre un niño y la madre de
Dreide de Rafael." Trad. de J. N. Schavarría. Va-
drid. 1933.

Por último los valores no flotan en el vacío, sino que
arraigan en la realidad cultural. Todo valor es a priori va-
lor de algo. A cada núcleo de valor le corresponde cierto
contenido o sector de las obras humanas. A la belleza, lo sub-
lime, la gracia, etc., corresponde el arte; a la verdad,
la certeza, la probabilidad, etc. la ciencia; y así sucesi-
vamente. A este plano de proyección que es el complejo de
los contenidos valiosos se le designa bienes y son la mate-
ria del valor. Por supuesto la materia de valor en este sen-
tido tiene un modo peculiar de ser, de existir. La materia
se le condiciona por el valor; lo determinado con rela-
ción a él. Es esencial a los valores por lo tanto su in-
tencionalidad material. Aspiran a realizarse a llenarse de
ser.

Pero ya el análisis efectuado nos revela la posibilidad
de entrar sobre estas firmas a la cuestión planteada: de la
realización de los valores.
Es importantísimo comprender la significación de lo
ideal en relación con los contenidos materiales; o to es, con
la materialidad del valor, porque ello tendrá enorme repercu-
sion más adelante. Para esto debe tenerse presente el dual-
ismo metodico como un punto de tránsito.

K.- G. Kundera Opus. Cit.
oposición al Vágar. II. Dualismo Metódico, en las
siguientes palabras. "La consideración del valor y
la consideración del pose. se nos aparecen una jun-
to a la otra, como círculos independientes y ce-
rrados. Esta es la esencia del dualismo metódico.
En relación con las consideraciones que voyo haciendo
acerca de los valores solamente puede advertir aquí que los
objetos ideales carecen de substantividad propia; al pose, es-
to quiere entenderse una entidad válida fuera de toda rela-
ción con los objetos de la experiencia; porque ellos con sus
solamente relaciones para todo principio explicativo.
La razón debe apartarse de la especulación trascendental de-
dando es más difícil volverla a su verdadero camino. En es-
te respecto la deconstrucción kantiana no ha sido superada. Tie-
ne singular importancia una teoría de los objetos ideales -
que depure la falsa concreción introducida constantemente
en las disciplinas que los estudian y que resulte inútil -
para el desenvolvimiento de las ciencias. Las ciencias no -
son otros objetos o cosas al lado de los objetos concretos -
sino estructuras que no tienen perfiles globales de por sí;
esto significa que las ciencias se hacen presentes porosa
a la comparación de términos materiales o sustantivos y
en instancia final siempre se encuentran actividades en la
esfera de lo dado. Esto lo vió claramente lo mismo Kant -
que Husserl. Por eso, lo que se denomina ceguera de las
ideas no es más que la poca disposición para la abstracción
que interesante penetrar en lo que Husserl entiende por esen-
cia.

K.- Sobre la objetividad ideal la insuperable crítica
al psicologismo de K. Husserl. En sus investiga-
ciones lógicas. T.I.X. cit. II. Investigación 2a.-
La unidad ideal de la esencia y las teorías so-
bre la abstracción.

Todo objeto ideal es un contenido relacional o al se quiere funcional; y esto mismo son las esencias. Por eso cuando a los objetos ideales se les trata de entender tráns- sub- substanciándolos y presentándolos como cosas, se hace su hipótesis quierase o no; dándose así el primer paso para el extravío de la ontología de las ideas. Pero los valores jamás se encuentran superpuestos o abstractos con relación a los acontecimientos culturales o los contenidos materia-les que los sustentan; esas actitudes o actividades justamente siempre aparecen como principios fundamentales; verdadera razón en función de la cual se desenvuelve tal o cual acto. Según su relación material estas expuestas no existen aparte de los objetos valiosos denominados bienes; ni de la actividad de las personas que los descubren y los comprende. Representan esencialmente relaciones teleológicas fundamentales en las que se orienta nuestro astrosofista señalar el mundo; así como todos los aspectos de la cultura misma. Pueden servir como predicados de posibles juicios de estimación; pero aún más son ideas en la acepción propia de este término. Dan fundamento a las actividades humanas y por la infinitud propia de toda idea jamás pueden realizarse completamente y por ello son el origen primario de toda realidad. El hombre de este mundo. La realidad del mundo del hombre de este mundo. Solo quien entienda los valores como funciones puras de la cultura y por lo mismo de la conducta del hombre podrá escapar de la desviación mencionada con una visión justa, sin pretender construir una nueva y rara cosmografía del mundo de los valores en un horizonte trascendente. El hombre de este mundo.

Sin embargo con estas consideraciones no desmerece la objetividad de los valores ni su idealidad; porque los contenidos de relación leyes físicas, normas, números, etc., no pertenecen forzosamente al dominio subjetivo. Su variedad es ilimitada y ya desde la mínima duración de los fenómenos psíquicos que constituyen un sueño pasajero; o de la pluma con el papel en un determinado punto; hasta la conexión inmutable y absoluta que es por ejemplo la infinitud o el principio de verdad.

Lo mismo que las relaciones morales, las máximas o principios de la conducta, pueden concebirse y definirse independientemente de cualquier realidad o materia determinada; Vga. el mandato de hacer el Bien pero en cambio cobran sentido y objetividad en cuanto se les puede referir a alguna conducta susceptible de orientarse en esa dirección. Los valores pueden describirse como contenidos ideales; pero no se anula en manera alguna su referencia a un plano material de realización. Son inmanentes.

Es claro que en la esfera de los valores debe buscarse el principio categorial que determina o constituye la experiencia que bajo ellos se da; y desde el punto de vista axiológico o cultural es posible encontrar el fundamento interno y autónomo de este sector. La realidad cultural realizadora de los valores no se determina en el enlace causal y matemático, lo que explica la formación y la renovación de las obras humanas de los bienes culturales, es otra dirección metódica; la teleológica. No son reducibles a una explicación naturalista; se integran en la finalidad.

LA ANTIGÜEDAD. LA ANTIGÜEDAD es una realidad que se manifiesta en los valores y los fundamentos de su existencia. Los valores y los fundamentos de su existencia son los últimos fundamentos de la valoración al fin al su vez no pueden ser materia de valor; lo contrario significaría coartar un sofisma porque la relación entre los bienes y los valores no es reversible. Sin embargo quienes pretenden construir un mundo en el de los valores caen en ese error.

Observemos la siguiente situación: el artista inspirado vive a una determinada realidad para ejecutar su obra, aún cuando sea esta pura ficción. Experimenta a través de sus exquisitas facultades una realidad valiosa y concibe su obra sin comprender por el camino de la inspiración artística la universalidad del principio que rige su actividad. Intuye los elementos de su obra y la especial formación de ella; pero en cuanto artista jamás comprende ni le importa percibir y explicar la belleza como tal porque desviaría el sentido mismo de su genio. Lo mismo vale decir de aquel que científicamente realiza una investigación. El investigador puede concluir un enlace particular de ciertos elementos pero con eso no se ha elevado a la comprensión de la verdad. Claro que el artista o el investigador pueden permitirse y proponerse desde otro punto de vista la reflexión sobre la belleza o sobre la verdad; tal como hizo por todos los tiempos por ejemplo Platón. Pero entonces ya no se trata de manejar la materia particular de los valores. Cuando se pone de manifiesto que los valores son trascendentes a la experiencia se hace una proposición falsa.

si con ellos se significa su pertenencia a otro mundo ajeno a la realidad. Pero cuando sencillamente quiere decirse que la realidad nunca es capaz de llegar plenamente al reino de lo ideal la proposición es válida, agregando al mismo tiempo que cualquier reflexión metafísica sobre los valores carece de un punto de vista serio al tratar de comprenderlos absolutamente fuera de la experiencia. Por eso resulta más apropiado expresar la referencia esencial de los valores a la realidad y su primacía con relación a ella, diciendo que los valores no son precisamente trascendentes sino trascendentes. La distinción entre estos dos términos se debe a la filosofía crítica.

San Agustín dice que esta es una aseveración exclusiva de la filosofía moderna. Desde antiguo Platón estableció con exactitud que las ideas no solamente son el fin sino el principio; no solo lo buscado sino el origen mismo de la realidad. Así lo refiere el filósofo en el diálogo Fedón cuando contrasta la concepción ingenua de la física de la época con el punto de vista de su idealismo. Por otra parte inicia la reflexión sobre la realidad para mostrar los grados ascendentes, concibiéndola como tendencia. Y por este motivo se enuncia que la última aspiración posible que da sentido a las obras, es la idea. Recuerda la ilustración satírica que Sócrates recibe de Diotima en el diálogo "El Banquete". De suerte que estos dos valores no pueden resolverse la cuestión colocándose de cualquiera a la realidad y a su estructura. Porque la posición de un fin cualquiera que él sea; de un objetivo u objeto no presente pero preconcebido en un después, solo es posible en función de una relación

de anterioridad: desde un ahora y un aquí. Pero el ahora y el aquí son las facetas esenciales e indispensables de cualquier realidad y de cualquier actuación. Por esto tiene singular importancia la comprensión a fondo de las relaciones de tiempo que excluyen la consideración trascendente de los valores y garantizan su caracterización en los listos de la teoría pura.

por otra parte aquello que debe ser no es todavía; e inversamente todo aquello que ya es resulta insuficiente para las finesaciones del objeto de la aspiración es comprensible y tiene que constituirse en alguna manera dentro del orden de los valores.

En la consideración de las ideas Platón describió con perfecta claridad la unidad que ahora nos parece perdida. Algunas veces parte de la realidad para ilustrar los grados ascendentes hasta entroncar con el fin último que es lo absolutamente bueno y lo absolutamente bello. Aparecen las ideas como fines que solamente se alcanzan en la secuela de la actividad real y del esfuerzo eficaz. Otras siguiendo la forma deductiva parte de la idea para explicar la realidad proponiendo lo general a título de causa de los principios. También Aristóteles se pronunció en este sentido con su teoría de las causas.

Con lo anterior se muestra que el fundamento unitario es el mismo. En ambos casos vayáse de la realidad a la idea o de la idea a la realidad.

La realidad del hombre y del mundo es un supuesto fun

esencial para entender el problema de la realización de los valores. El hombre ciudadano de la historia e individuo de la naturaleza se postula el comienzo de todos los fines; — y la experiencia nos muestra que solo crece como el cooper — tan al universo. Sabes únicos a quienes el orden natural no puede sacrificar totalmente en la férrea cadena de la causalidad; y cuyo sentido original es la evasión de la muerte — y del acabamiento a que esta condenada toda creación. Pers — esto tienden que fundarse en la universalidad de los valores y no en la génesis física de las cosas.

Más importante aún es que la posibilidad de tal situa — ción se halla siempre en la objetividad de los productos — culturales. Por ellos se obtiene desde el primer instante — en el regazo maternal la verdadera calidad que dignifica — nuestra especie, y son los elementos de que toda verdadera — persona se nutre en el transcurso de su vida. Supervivien — tes en la memoria de la historia como la creación mejor dada a nuestra experiencia, son tanto para un precedente per — cepto cuanto para un futuro cuyo horizonte no alcanza a pre — cisar nuestra mirada. Esto es patente en aquellos pueblos y — épocas que han logrado una alta escala de expresión. Vga. — El pueblo romano uno de cuyos fundamentos esenciales era la veneración a los antepasados en quienes veían tanto el ejem — plo vivo para la superación como el tesoro efectivo de don — de partir para su obra.

Por otra parte, el preguntar por fin de la existencia — humana es ya una señal firme de que la realidad, la dimen — sión eventual de los cosas en el tiempo, no satisface el — espíritu humano; que si bien se haya incluido en la realidad —

presente dispone buses nuevos para su destino. E independientemente de encontrar un fin último en las múltiples circunstancias que pueden suponerse es válida la cuestión central ya mencionada, que la mera constitución de nuestro ser tal como de día, no se mantiene en los límites de la experiencia.

En los alta azarrosos de la historia ningún valor se nos muestra absolutamente acabado y ni siquiera muchas veces acusable. Pero todavía su rango y superioridad es de tal naturaleza que ni en todos los días de la vida de los hombres puede lograrse la absoluta perfección exigida por las ideas esenciales que aspira a realizar el arte, la moralidad, la ciencia, etc.

Las consideraciones anteriores adquirieron mayor claridad si se piensa por ejemplo en la fundamentación empirista acerca de los fines esenciales de la conducta. Explicaciones negativas de este tipo no pueden jamás dar una solución a las preguntas que hacemos en el curso de este estudio; y no tiene sentido plantear el problema de la realización de los valores. Es insuficiente el criterio mencionado porque se mantiene en los datos dispersos de la experiencia sin elevarse a la unidad de la teoría.

Por lo tanto no quiero por ahora anticipar más nociones acerca de la relación entre valor y realidad. La consideración comparativa de la realidad natural, la cultura y los valores nos permitirán comprender con mayor claridad nuestros problemas y orientarnos en su resolución.

Por realización puede entenderse en primer lugar hacer una cosa en sentido material; p. e. Cultivar una planta o f

bricio un instrumento. Para la expresión realización de los valores no significa en todo caso precisamente esto pues -- con frecuencia se quiere decir quasi debe entenderse que se trata de formar objetos en que se plasman ciertas cualidades -- desí sin prejuzgar acerca de su estructura. Con esto quiero insinuar que la doctrina de los objetos reales es insuficiente para explicar la índole de los bienes de la cultura y su relación con los valores.

Más que realidad en sentido físico en nuestro caso se significa la realidad como objeto a título de sustrato de estas o aquellas cualidades universales; es decir, el proceso y la objetivación o materialización así como los contenidos correspondientes. Me indica en esta forma la urgencia de aclarar el concepto de realidad para no equivocarse en significando. De otra manera se daría lugar para confundir las apreciaciones de la tesis.

Recuérdese por ejemplo cual es la realidad en que sustentan los valores científicos. Trátense de cualquier el problema de los valores lógicos y su relación fuera de toda consideración psicologista, historicista, y de aclarar solo el punto de vista filosófico. También puede pensarse en los valores morales que se realizan al establecerse o hacerse efectivos por ciertas normas completamente universales.

Una cosa que el concepto de realidad como es bien sabido no tiene hasta ahora una significación unitaria. Por una parte se refiere a los cosas materiales; o a la materia como una categoría del tiempo concreto. Por otra se opone a lo psíquico. A veces se menciona la totalidad de lo existencial.

En fin, el concepto de realidad como es bien sabido no tiene una significación unitaria.

entes incluyendo los objetos ideales. Pero aquí importa reivindicar el concepto de realidad sencillamente en el sentido de materia. Más no de materia en su acepción metafísica sino como contenido portador de valor. En esta significación se excluyen las demás que se han mencionado porque el punto de vista de su determinación nada tiene que ver con los otros. La materia del valor es ajena a las acepciones aludidas.

La realidad cultural y la formación de los bienes requieren otra concepción de la realidad. Su determinación no se satisface por la simple duración finita o por la referencialidad a la sensibilidad. Por otra parte tampoco es satisfactoria la respuesta espiritualista que duplica la existencia de los fenómenos psíquicos substancializando al yo. El único camino para explicar la estructura de la realidad en función del valor con las categorías de materia y forma. La materia entendida como los elementos condicionados y la forma como el elemento condicional o idea. La realidad en vista de los valores no es más que el estrato de elementos cuya síntesis logra captar un perfil axiológico. Desde este punto de vista no descansa la realidad cuando en su seno se incluye y se habla de una realidad universal de las significaciones; o se dice que un principio de la naturaleza realiza determinado grado de verdad. Pues esto solo quiere decir que tales contenidos se comprenden en atención a funciones caras de valor.

Quando al formarse determinadas leyes en el desarrollo de una ciencia se liga o enlazan significaciones universales válidamente, entonces tenemos un contenido material de valor; un objeto realizador de un fin.

De esta suerte se abre el camino para resolver la antinomia mencionada al comienzo de este capítulo y que presenta como irreductibles el ser y el valer. Pero también resulta desmentida aquella opinión de que el mundo de la cultura no es más que una reelaboración de la naturaleza o un reflejo de entidades valiosas, la verdad, la bondad, etc., que al proyectarse sobre ella producen los contenidos culturales. Al contrario el mundo de la cultura, de las realidades referidas a valor, es en cuanto tal autónomo; ya que los valores pueden encarnar lo mismo en objetos culturales fácticos que en estructuras puramente ideáticas.

No la ontología tradicional, ni la actual filosofía de la cultura puede resolver acerca de las relaciones entre realidad y valor partiendo de un concepto naturalista del mundo porque en mismo punto de partida en cuanto asimila lo real a lo natural concibe sólo lo limitado temporalmente; inválida de raíz la posibilidad de explicar ampliamente ciertos objetos de la realidad cultural y la actividad que los realiza.

La creación de las obras de la cultura ya sean artísticas o de carácter científico siempre tienen lugar por la composición de elementos; de acuerdo con un punto de vista propuesto anticipadamente para la efectuación de la obra. No se prejuzga así del carácter propio de los elementos que significan sintéticamente una unidad tendiente a la realización de un objetivo. De modo que los elementos constitutivos pueden consistir en hechos de la realidad, mármol o piedra en que se esculpe una escultura; o en significaciones abstractas integrantes de las leyes y los principios científicos.

Los contenidos naturales son siempre formados de acuerdo

con hechos precedentes; carece de sentido preferencial según un plan de acuerdo con determinados valores. En cambio los objetos de la cultura siempre se dan precedidos de una anticipación en que se concibe la obra y la integración necesaria de los fenómenos naturales, difiere radicalmente de la libre composición que caracteriza a las obras humanas. La primera noción es universal sino contingente; por otra parte, en cambio la realización de los bienes humanos es por excelencia algo que se proyecta para el futuro y aún para todos los tiempos, al menos cuando se trata de los valores más altos. En consecuencia al estar precedidos al existir de la efectación de los fenómenos naturales los siempre pasiva e inconsciente de sí misma. Un objeto de la naturaleza jamás puede tornarse elemento dinámico, con visión del horizonte en que tiene lugar o se desarrolla. Pero frente a esta inconsciencia de lo natural las obras humanas conciben y existen como productos objetivos propuestos por la voluntad del hombre; que es auto-consciente y capaz de comprender lo imperceptible creador de un mundo que puede ^{más} llenar/suya que el orden de la naturaleza. Si a los contenidos de esta especie se les quiere denominar espirituales, nada cabe objetar si se toma en cuenta para este efecto que la palabra espíritu es cultívica y que aquí la entendemos exclusivamente como en la unidad de los contenidos de la cultura. La unidad del sujeto representativa del reino de los valores y de su realización es lo que se denomina personalidad. Mas la personalidad no debe pensarse fuera del pro-

ceso cultural histórico, como si fuese una entidad real pre-
via a los contenidos de cultura que se nos hacen potentes —
en nuestra actividad volitiva o sentimental. La persona cen-
tro fundamental de la historia no es trascendente a los bi-
enes de índole particular ni a los valores; sino representati-
va de su peculiar unidad. Así se excluye cualquier interpre-
tación que trate de definir a la persona como una realidad —
más substancial y trascendente en relación a los acontecimien-
tos históricos y a los predicados de valor.

Lo propio de la realidad natural es su transformación —
rutinaria. Tal consideración alcanza incluso al dominio de —
la psíquica que no viene a ser más que un mecanismo complejo
de fenómenos discernible por la psicología. Pero cabalmente —
en este mecanismo tiene que comenzar la humanidad propiamente
dicha distinguiéndose desde el primer instante del modo —
de ser de la realidad natural. Porque la actividad humana no
puede ser comprendida estrictamente en el horizonte de la na-
tura. Requiere otra clase de fundamentos desde puntos de
vista valorativos. Es verdad que fuera del dinamismo siempre
repetido del orden natural ningún ser particular y concreto —
se desenvuelve. Mas esto no significa una limitación definitiva
para la historia. p. e., ahora mismo que estudio las formas
puras de realización de los valores me encuentro incluido y
determinado en una zona de realidad biopsíquica, dentro del
tiempo físico. Pero una enorme extensión del contenido de —
mis actos se halla preformada en la estructura que trato de
analizar según los grados indispensables de los valores.

La estructura objetiva de la voluntad; la constitución

objetiva de la voluntad o del reino de los fines., parte de la idea de valor, por lo tanto del análisis de los grados de la tendencia y la creación de las obras valiosas lo cual exige elementalmente el conocimiento acerca de que son los valores. Al efecto apoyémosnos aunque sea provisionalmente en la doctrina lograda hasta ahora en este respecto. Ya que desde otro punto de vista también la esencia del valor es un problema que puede plantearse legítimamente; más para nuestro objeto tomemos el concepto de valor como conocido y en los límites en que actualmente se da.

Al lado de la idea de valor es indispensable mostrar por anticipado a reserva de justificarlo con amplitud, que no solo los valores más bajos, sino los más elevados por superiores que sean admiten internamente una fase de referencia material y en este sentido arraigan en la realidad son determinantes de la realidad en cuanto condicionados por la realidad claro que desde ahora debe tenerse presente el concepto que he tratado de fundar y el análisis acerca de él; en el fondo se traduce esta asserción en la asserción de que los valores se sustentan en la existencia humana y en general en las circunstancias del mundo.

El valor supone a priori en cuanto es cualidad fundamental, algo que deba ser valioso todo valor es valor de algo. De ahí la intencionalidad imprescindible del mundo de los valores que siempre se refiere a un sustrato real. Esta consideración no invalida aquella que afirma y mantiene la pureza de los valores en cuanto no determinados por la realidad; esto es, que ellos son más que las creaciones históricamente dadas. En otras palabras la esencia del valor

no quiere fundamentarse en ninguna ciencia práctica ni en general en ciencia alguna. Se explica ella así misma; es la Filosofía. No meramente real sino necesaria; y debe afirmarse como fundamento de cualquier otro conocimiento posible.

Por otra parte se debe tomar en cuenta que el proceso real o la sucesión de las obras de la cultura no involucra solamente la actividad como producto de la voluntad; sino que en general envuelve cualquier posición de la conciencia sea de carácter lógico o artístico.

La realidad sobre la cual tiene que construirse la existencia de los valores es una función originaria y absolutamente esencial en último caso aún cuando sea solamente en sentido negativo. Porque toda materia de valor es decir, aquello que vale, no es puro valor pero sí es punto de referencia indispensable de él. Si se prescindiera del ser en absoluto ni siquiera es posible pensar el orden del deber ser. Y también es válida la proposición opuesta: que sin el deber ser no puede pensarse el ser.

La actividad del hombre no solo se halla fundada en la tendencia hacia determinados ideales básicamente es indispensable lo que se denomina experiencia estética. Y estas son las estéticas que deben tomarse en consideración para descubrir las estructuras a priori de la realización de valores.

La realidad desde la cual tienen que formarse los valores supone la existencia de los hechos naturales; ya que ningún sujeto real se origina fuera de la causalidad. Mas esto no es suficiente porque toda obra enfocada a la realización de valor requiere mucho más que la realidad natural: una tra

dición de cultura, una comunidad un estadio de formación de las capacidades, etc., y todo esto no se explica por las categorías de la experiencia natural; ni por las puras ideas en sentido estricto. Es necesario otra estructura peculiar que es propia de la realidad cultural.

El concepto de realidad natural es insuficiente para comprender los valores; en sus límites no se recoge esta idea. Sin embargo en cierto modo es indispensable partir de ser al menos como referencia. Es la obligación indispensable para poder elevarse a la estructura del deber ser. No es un azar por lo tanto, que para alcanzarla *idea* pura de valores y de la finalidad en general es requiera antes que todo penetrar en la noción y comprender la esfera correspondiente a la teoría pura de la realidad. El primero de todos los problemas es el de la unidad de la ciencia que da el fundamento para entender que no toda la actividad humana se agota en la comprensión teórica de las cosas y en la existencia de la naturaleza; sino que la teoría misma solo es posible como resultado de un principio esencial a ella y contenido imprescindible de toda aspiración legítima; pues en el fondo la verdad es uno de tantos fines humanos que significa algo más que captar contemplativamente el ser de las cosas; al contrario es de su esencia la aspiración a la totalidad de los conocimientos. Lo cual ya no es dado sino buscado como objeto de la voluntad. De suerte que la fundamentación del conocimiento en instancia radical no tiene solamente una importancia teórica sino también práctica para, en cuanto permite elevarse a lo incondicionado de lo que no puede decirse que sea pero sí que debe ser.

De ahí que la enunciación paradójica de que en verdad ni la realidad natural ni ninguna otra basta para el entendimiento de los valores más a pesar de esto un mundo de valores trascendentes es imposible, deja de tener un contenido obscuro o dudoso y resulta ser la comprensión unitaria e inmanente de los ideales con la realidad.

En la naturaleza propiamente no es indispensable hablar del mundo frente al hombre. Porque en la naturaleza todo — cuanto existe es objeto del mundo; es decir, la naturaleza es mundo y nada más. En cambio la realidad básica para comprender los valores implícitos, la noción de ambiente o de mundo es un sentido peculiar por contraposición a la noción de un sujeto activo que se distingue frente a él. Ambiente solo existe con relación a las personas y a las circunstancias culturales. Y el sujeto humano representa un verdadero obstáculo para el ritmo espontáneo del Universo.

N.— Dice con juicio exacto Rickert, Opus. Cit. Pág. 23: "Es naturaleza el conjunto de lo nacido por sí, oriundo de sí y entregado a su propio crecimiento".

La naturaleza jamás renueva sus obras. Las conserva con una regularidad asombrosa. Lo contrario sucede en el orden de la actividad humana y cultural que aspira en todo caso a una renovación de sus productos; a una verdadera recreación de lo dado; unificando y combinando de mil maneras su capital de energías. Este mundo de la realidad anejo a los valores exige la comprensión de dos elementos irreductibles, uno que es el punto de partida, el ser disperso; otro que es la absorción en la unidad. El deber ser. Ambos elementos podemos considerarlos representados en la relación de comunidad. Igualmente cuando se considera un sujeto aparentemente aislado —

do; para el efecto de la valorización y de la aspiración — tiene que dualizarse haciéndose dos, desdoblándose la instancia de su propio ser. Por otra parte el individuo y la comunidad se integran en unidad indivisible porque el hombre como miembro de la sociedad comienza y vive precisamente en cuanto obra en función de cierta dirección histórica que no se limita a su individualidad natural. Y cualquier contenido de cultura desde el lenguaje hasta las creaciones artísticas se en trega y surge como productos de otros.

La realidad axiológica se hace patente en lo que llamamos Historia. En la sucesión de acontecimientos variados e i re du cti bles. En este horizonte el destino de los hombres es tá co ndi co na do po r e l m u nd o; tanto en sentido natural como en el ambiente de una generación o de un sujeto, instrucciones técnicas, utilería en general, costumbres, etc. Hay un estado de necesidad ya no en el orden de la naturaleza pero sí en el ambiente real forjado por nuestros antepasados y — por nuestros contemporáneos. En consecuencia una de las di re cc io ne s fund am en ta le s para en te nde r e l pro ble ma de la re ali z ac i o n de los val ore s es la no ci o n de co m u n i d a d ad; porque la o bj e t i v i d a d e la ac ci o n en una di re cc i o n que re ba sa la si m p le su bj e t i v i d a d.

La realización acabada de todos los valores. La realidad que agotase todas las calidades axiológicas posibles sería aquella que en definitiva fuese creada por seres absolutamente perfectos; que pudiesen intuir por visión total la plenitud de los valores. El objetivo no se lograría solamente una medida particular, para un tiempo y lugar determinados sino por toda la eternidad.

Lo único que tiene actualidad perenne es la dirección de la conducta fundada en los valores; por eso el ser que la realiza sobre la tierra consciente de su valer histórico forma su dignidad con fundamento en el ideal.

La realidad de aquellos contenidos concretos en que se plasman los valores exige como término dinámico de su renovación la existencia de un sujeto de voluntad creadora; de un sujeto que no sea creatura de un instante; aún más que sea verdaderamente capaz de dignificar sus obras. En este sentido los objetos de la naturaleza resultan del mismo férreo en que se encadenan sus seres. Todo lo contrario es el hombre creador de un mundo que puede lijar suyo porque no se le dá sino bajo propia responsabilidad.

Si la personalidad se deriva de los simples hechos naturales querré decirse que se trata de una cosa más. Pero si ha de ser un principio tendrá que conceptuarse fuera del orden de las causas; en el mundo de los fines. Lo anterior no quiere decir que los valores se realicen fuera de la naturaleza de la cual en un comienzo somos hechura. La sabiduría clásica nunca olvidó aquella verdad propension de en todo caso las formas más altas de vida enlazadas ineludiblemente a la realidad de lo natural. Me refiero especialmente a la Educación Griega en sus mejores tiempos.

Lo que fundamentalmente hace posibles ciertos contenidos distintos a los objetos de la naturaleza es un sentido peculiar de universalidad en mayor o menor grado; los valores como elementos directivos de la vida humana es una existencia o un ser con determinada finalidad; lo que se tras-

dice en un problema de creación. Pero tal actitud implica que la realidad en parte se constituye fuera del límite meramente biopsíquico que podría aparentemente interpretarse esencial para el ser humano. Las obras de la cultura se lo gran por una constante evasión de la subjetividad. Que es el dato natural originaria del hombre. Lo cual indica que solo en la esfera del valor pueda haber esa clase de objetos.

La realidad natural no es en sentido propio verdadera realización. Aún cuando parezca contradictorio. Ningún objeto de la naturaleza se realiza; sino que siempre es hecho. La acción de realizar no se verifica ni se comprende en los límites del mecanismo causal. Tal cosa sucede más acá de cualquier dirección orientada por principios de la voluntad. La naturaleza se encuentra en un punto que no alcanza a los valores. Solo la visión del futuro se incluye y pueda mencionarse auténtico proceso de realización. La naturaleza no crea realidad porque ya cuando es se encuentra hecha y nunca como pura tendencia al ser que es lo propio y distintivo de los sujetos capaces de valor. Del hombre.

En consecuencia la realidad no resuelve ni autoriza a proponerse la realización de algo. Al contrario desmiente cualquier anticipación del ser; y tal es la posición del valer. Pero ella constituye el antecedente motivador frente al cual cobra sentido un horizonte de objetividad que lo supera formado por principios de valor.

En el orden de la naturaleza y respecto al tiempo no tiene sentido hablar de un pasado inconfundible; la regula-

ridad y la repetición constante de los fenómenos excluye cualquier posible caracterización respecto a ciertos fenómenos actuales. En cambio la realización de los valores en un momento histórico solo se efectúa en relación con determinados antecedentes culturales; incluso en las épocas de crisis o de modificación de las tablas de valores existe la base de tales acontecimientos en tesoro de obras humanitarias generadas para la posteridad. Así se hace patente la dimensión histórica específica de los bienes de la cultura; de la realización de los valores. De suerte que toda obra realizadora de fines valiosos indica y concurre a formar lo que se ha denominado el vel histórico; que es el recurso cultural que en determinadas circunstancias sirve de apoyo eficaz para la creación de nuevos bienes. En las relaciones de las obras con el momento histórico establecido anteriormente no significa la exclusión del principio de evolución propio de la realidad natural; más aún que el cambio o transformación de la naturaleza no tiene un sentido propio que permita distinguir cualitativa e individualmente los hechos que la forman. De modo diferente las obras de la cultura implican un principio de evolución progresiva y la consecución de las cosas del tiempo pasado, presente y futuro. Por eso las categorías del tiempo físico no coinciden con las del tiempo histórico completamente y el solo en las funciones pueras y originarias de él, como son v.g. el número o la figura. Los valores ocupan una posición de futuro, jamás se presentan portutados limitadamente a determinado lugar y momento; pero esta significación de los valores en cuanto

objetos del futuro revela su dirección y aún más su ser absoluto. Porque no se propone exclusivamente con referencia a determinados bienes culturales o a conjuntos concretos de ellos sino como puntos ideales previos a toda experiencia posible y también posteriores o subsistentes a ellos.

En tanto que la sucesión causal de los fenómenos se ofrece de pasado a presente, o de un antes a un después; el orden teleológico o de la finalidad no mide su visión temporal; porque su estructura esencial se proyecta en el futuro. El reino de los fines no reconoce limitaciones empíricas. Los más grandes filósofos de todos los tiempos han observado que frente a un orden de la naturaleza es posible un orden de la libertad y la existencia de contenidos puros del conocimiento o de la voluntad. A partir de Kant este acerto se ha mantenido como uno de los mejores frutos del pensamiento filosófico.

Incluso para el hombre se dan condiciones limitadas en lo que toca a su origen natural; pero nuestros afanes y aspiraciones no reconocen horizontes de aquella especie. Esto es lo que garantiza la infinita posibilidad de la Historia y del progreso. La renovación del esfuerzo y la frescura de las nuevas generaciones; que nunca sienten que lo alcanzado en el presente sea un punto definitivo e insuperable para el genio de la época.

Es verdad que la actividad humana y la existencia de los hombres es un elemento capital para desenvolver y realizar los valores. Sin embargo nada contradice la posibilidad de que otros seres de aquella o de esta manera pudiesen tam-

bien orientarse al valor. Por ende si nuestra reflexión ha -
de tener un sentido universal tendrá que efectuarse sin aten -
der exclusivamente a las bases de una Antropología o de una -
Sociología; elevándose a los puros fundamentos del proceso -
referido.

Es indispensable e importante sobre manera comprender -
con claridad la estructura de la realidad porque es el único
o plano desde el cual pueden buscarse las formas imperceder -
ras del ser. Solo desde el ángulo de la tierra fecunda puede
elevarse el hombre a aquel alado mundo de la idea platónica;
reino increado de las esencias. Pero esto significa que la -
realidad tiene que hacer surgir y sacar de sí misma sus fuer -
zas y su dirección. Lo cual jamás se origina ni debe esperar
se que provenga de los puros valores. En este sentido las -
esencias son inútiles. La idea nunca es constructiva. Al con -
trario, en el drámatico destino de la especie humana solo se
la comprende cuando la dirección misma de las aspiraciones -
ha encarnado; y cuando la planta del hombre se halla en el -
camino firme de lo ideal.

Por otra parte mantener una esperanza pasiva sobre los
valores es admitir una filosofía constructiva siempre está -
ril y decadente; pensando que la reflexión fundamental y la
comprensión de los ideales es suficiente para canonizar la -
vida; se olvida que el buho de la sabiduría solo despierta -
tardíamente; y el profundo pensamiento de Goethe en la in -
terpretación de las primeras palabras del Génesis: "En el -
principio era la acción", solo después surge la reflexión -
sobre la acción. Tales filosofías quedaron ejemplificadas -
desde la época helenístico-romana; y la excepción de fines -

del Humanismo Neoscholástico. Es que la Filosofía se desnaturaliza al hacerse práctica; como la voluntad y la actividad de los hombres se hace protosta al informarse en esquemas abstractos preformados. Lo válido es que la voluntad se decida y actúe por cuenta propia sin esperar la salvación por otros caminos. La Filosofía debe mantenerse como la teoría pura por excelencia. En su desarrollo y aceptación a las condiciones humanas y culturales la idea es flexible y se diferencia en su sentido y aplicación una de su experiencia. Interesa tanto en el mundo real como en el mundo ideal; establece una y otra proposición; queda libre de una dependencia total o absoluta. Desde que se libera se hace libre y honesta la idea se hace plena y verdadera. Pero tal pensamiento vinculado con el sentido de que la irreductible es la realidad en sí misma que la irreductible es la idea, una vez que la idea participa intrínsecamente a la realidad. El resultado es espeluznante en la teoría del idealismo de los realistas, porque al no limitarse al la idea de una experiencia humana, se le está subordinando totalmente a los objetos de la realidad externa que se perciben como imperfecciones e impermanentes. La idea, por otra parte, si se considera una ley que participa intrínsecamente a la realidad, se actúa sin saber ni hacer nada de lo que se participa de verdad una función para que en la idea se encuentre la esencia de todo que el individuo se encuentra en el mundo. La idea de los conceptos se interrelaciona necesariamente con los objetos de la realidad que a todas luces es irreductible. En la realidad se puede agotar los fenómenos de un mundo que sólo existencial que el sujeto sólo aparece en la realidad exteriormente la idea, pero el sujeto de la idea, que lo constituye

EL PROBLEMA DE LA REALIZACION DE LOS VALORES.
Y LA EDUCACION.

I.- RELACION UNITARIA DE LA REALIDAD Y EL VALOR.

La relación entre valor y realidad o es de carácter estructural universal y entonces la realidad tiene que resolverse desde este punto de vista en categorías y conceptos; o es genética temporal y entonces la idea se disuelve y se dispersa en su fuente motivadora que es la experiencia. Pero tanto en el primer sentido como en el segundo; asíptase una y otra proposición; queda siempre un remanente jamás determinado. Nunca la realidad se hace idea; y nunca la idea se hace plena realidad. Pero tal remanente coincide en el sentido de que lo irreductible de la realidad; lo mismo que lo irreductible de la idea, son una y la misma posición infinita e incondicionada. Y resulta un espejismo de la razón el desdoblamiento de los valores. Porque si la infinitud de la idea la hace aparecer incompleta, se le está equiparando falsamente a los objetos de la realidad concreta que se presentan como imperfectos e inexactos frente a la idea. Por otra parte si se considera que hay una realidad irreductible a concepto, se acepta sin saber un juego sutil de la razón porque se trata una función pura que es la idea en un plano inverso. De modo que al invertirse o cruzarse la explicación de los conceptos se introduce subrepticamente un desdoblamiento de las cosas que a todas luces es injustificado. Si la realidad no puede agotar los valores no es porque sea más universal que el valor; sino porque su carácter contingente la hace menos que el orden de la idea. Mas lo anterior

no autoriza a juzgar románticamente que también los eternos
tos sensibles tienen un carácter incondicional; más bien -
es lo contrario el carácter jerárquico de estos elementos -
y la imposibilidad de su reducción se encuentra expuesta -
en forma metafórica en el *Seadr* de Platón. Al describir el
ascenso del mundo inmediato al alto reino de la divinidad
incondicional.

Jamás la idea se hace realidad pero esto no significa -
que la realidad se sobreponga y domine al valor. Al contra-
rio es precisamente por la insuficiencia de las cosas rea-
les en virtud de lo cual jamás pueden realizarse plenamen-
te los valores.

Para cuestionar con sentido la realización de los valores
es indispensable demostrar previamente que no existe -
ningún abismo aterrador entre las aspiraciones del entendi-
miento y la última aspiración de la voluntad; entre la ver-
dad y el bien. La proposición mencionada es válida si se
piensa que el esfuerzo humano hacia la investigación cien-
tífica de ninguna manera está regido en cuanto tal por los
resultados de la ciencia; y hasta es indispensable para su
desarrollo este elemento dinámico. Por otro lado la
mejor dirección del querer se da ahí donde existe una com-
prensión mejor de la realidad y una facultad crítica crea-
dora. Esta unidad del conocimiento y de la voluntad fue vis-
ta claramente por Platón y así aparecen en sus diálogos in-
disolublemente ligadas. Con expresión magistral uno de los
filósofos más recientes y destacados dice: "Que solo se com-
prende en cuanto se quiere y solo se quiere en cuanto se
comprende". (F. Katorp. *Opus. Cit.* Pag. 69).

Sébase o no el último fundamento de la moralidad solamente se aclara a través de una sólida comprensión del orden lógico de los elementos. Lo cual no impide que en la experiencia aparezcan frecuentemente en forma dispersa los mejores actos, sin el previo conocimiento o reflexión sobre los fines; pero este es otro problema. Incluso la teoría pura - es objetivo de la realización del deber. La realización de los valores lógicos; el desarrollo de la ciencia, supone fundamentos éticos imprescindibles para la aspiración teórica; aún cuando es evidente que el valor de los juicios científicos no se mide desde el punto de vista de su valor moral; y solo en este sentido la ciencia es amoral. Pero en atención a la realización de los valores la voluntad de teoría y la capacitación del esfuerzo humano para este objetivo arraiga en los grados del conocimiento.

En este respecto es ejemplar la obra educativa de Pestalotzi.

Fudiera pensarse ^{que} entre la realidad y el valor existe un verdadero abismo que salvar. De ninguna manera es así; - pues toda la realidad según el postulado ético de la razón-práctica ya nace para la libertad. En el diálogo "El Banquete" fué visto este principio universal al advertirse el sentido ético y de aspiración humana que late en la generación de la especie. Y por Kant con mayor claridad y exactitud al encontrar los fundamentos de la Razon Práctica. Desde la suma el sujeto es miembro de la comunidad y por ende dispuesto para la creación de los valores.

La cultura tiene un punto de arranque natural, realiter que aún cuando no es necesario se dá precisamente como anejo a ella. Para la formación concreta de las obras es indispen-

sable partir de alguna realidad. Esto no contradice que sea un elemento indispensable de la creación de los bienes su forma universal originaria dada en la estructura axiológica. Del mismo modo que el ser psíquico de los actos de pensar no contraría sus contenidos a priori de conocimiento racional enunciativo; los cuales podrían darse incluso en vivencias no humanas sino en otros tipos de actos que no fueran los que conocemos como actos de pensar.

La realización de los valores no es la trasposición de una distancia que haya que efectuar de términos absolutamente opuestos. Es un proceso que en un mundo unitario se presenta ligado como tal desde su origen. Es verdad la sentencia de Fichte "que el hombre solo se hace hombre entre los hombres"; pero también es verdad que solo es hombre y se perfecciona con la naturaleza a su vez; y un general cualquier ser capaz de aspiraciones tendría que partir y llevar consigo mismo su realidad. La categoría de la realidad es distinta esencialmente de la realidad natural cuando se enfoca en atención a los valores. Pero aunque la teleología representa algo más que la causalidad, idealmente; la causalidad es el comienzo de un mundo distinto que ha de cubrir y hace posible toda existencia cualquiera que sea.

Los postulados de valor más altos pertenecen probablemente a la religión; mas ha partires en todo caso de los valores más bajos; este es, de los balbuceos de la cultura.

El problema de la realización de los valores no es una cuestión de facultades especiales dadas en la génesis de la unidad. Como cuestión total es un problema de la humanidad y de la vida que rebasa el límite de las estructuras empíri-

cas de la realidad. Las formas de realización de los valores son sintéticas y a priori. Sintéticas en cuanto al sentido - dinámico y concreto de su efectuación, de por sí tendientes a la realidad; a priori en cuanto al fundamento esencial que es la estructura eidética de ellos.

Implica necesariamente grados que van de lo ideal a lo real; o viceversa. Según la dirección en que se interpreta el problema. Sin embargo ha de permanecer siempre un margen de idealidad no lograda pero lograble e igualmente nunca la realidad alcanza la plenitud de los valores. Así se explica la exigencia de un escalonamiento gradual y dinámico entre la realidad y el valor. En este sentido son insuperables los postulados y las sugerencias de los diálogos de Platón, el "Banquete", "Fedro", y "La República". Desde antiguo se comprendió el carácter intermedio del proceso de realización al establecerse que el verdadero amor es demoníaco. Que el elemento esencial de lo humano es participar de ambas naturalezas terrestre y divina.

Precisamente por el grado y el desarrollo inherente a la realización de los valores tiene que interpretarse como p como un problema de continuo. Porque no se puede definir con exactamente el momento en que la naturaleza o mejor dicho sus elementos, se transforman axiológicamente en objetos de la cultura. Sabemos que debe existir originariamente continuidad entre lo natural y lo histórico; entre el individuo y la comunidad, etc.; pero es imposible definir el momento de este tránsito. Estamos aquí ante una cuestión o una ecuación si se quiere de carácter irracional; pero no romántica o intuitiva.

tiva. El hombre ser de aspiraciones nace y crece con la plaga húmeda en la miseria; pero en definitiva persevera siempre en lo que es bueno y capaz de elevar su dignidad. Disparador de energías a tal grado que su voluntad no teme sacrificarla vida incluso para lograr sus objetivos; para realizar los valores: "Fiat cultura, pereat vita". Profundo aforismo cuyo contenido siempre se ha reconocido advirtiéndolo a los más grandes filósofos idealistas que el problema esencial del hombre es dirigirse de la apariencia de la realidad a la verdadera realidad; de la percepción al pensamiento; de lo sensible a lo bello, etc. En este sentido puede designarse con toda validez que el ser humano quiere siempre aquello que no es, en cuanto apunta y tiende a realizar lo que no es real.

Las características de la naturaleza humana suponen necesariamente no una mera tendencia instintiva; no la expresión simple de los deseos subjetivos siempre disparejos sino la exigencia de una verdadera voluntad unitaria y firme; esto es, la formación de los impulsos en la voluntad creadora.

La generación de lo que verdaderamente ^{vale} y lo que en rigor debe ^{ser} implicar una constante renovación y un renacimiento del esfuerzo para hacer posible la persistencia en una dirección superior. Ninguna obra cultural grande o pequeña se logra de espaldas al conjunto de elementos que son la verdadera fuente increada en donde se ha de inspirar todo bien histórico.

En consecuencia al proceso de la cultura y de la realidad

realización de los valores se explica en su origen por la fecundidad de la realidad misma que forzosamente se encuentra a la base de las aspiraciones humanas; mas no solo ha de mantenerse el agregado de vitalidad sino aumentarse; tal sucede desde el comienzo de su formación. La instrucción instruye precisamente al que se consagra a ella. Es decir al que tiene voluntad de elevación en atención a los valores. Lo anterior permite interpretar y resolver nuestro problema desde el punto de vista de la dirección existente, partiendo de la realidad. Nada tiene de extraordinario a la luz de este criterio, que incluso la actividad heroica y el sacrificio de la vida no sea antivalores precisamente por su relación con el valer mismo. Al contrario los valores se realizan sacrificando en cierto modo la realidad vegetativa e inmediata al menos en parte. Siempre en algún grado o medida se crucifica la realidad infecunda o superable para poder elevarse a contenidos más altos.

La realización de los valores penetra toda la escala de la naturaleza y de la cultura. Escala que va desde la procreación de la especie, su conservación en la familia, pasando por todas las instituciones humanas, hasta la comunidad política; que no debe ser entendida como comunidad burocrática exclusivamente, porque en su seno viven lo mismo los legisladores que los jueces o los artistas. Nosotros vemos en la comunidad política, en el estado aquella patriarcal a que se refirió Platón en el *Lapidario* y sublime diálogo socrático (*Critón*). En este sentido la institución suprema necesaria para la realización de los valores es la libre comunidad de todos, llámese nación, estado, o república.

Además es una idea clásica que los hijos más premiados de los hombres; merecedores de mayor alabanza porque son de mejor ley; no son cabalmente los hijos materiales de la especie sino los bienes culturales más estupendos. La memoria de las gentes canta a los mortales en cuanto saben crear — un acto registral o un modelo que sirva de ejemplo a las generaciones. Ya había advertido el más grande idealista de todos los tiempos por boca de una mujer, que el hombre más fecundo no es precisamente el amante de los cuerpos, de las figuras perecederas ilimitadas; sino más bien el encargado de los ideales y verdadero creador de la más alta realidad.

Las obras de la cultura no surgen de la nada ni de una vez por todas; surgen por un proceso creador. Pero la creación es ante todo un desarrollo lento y esforzado que trata de unificar elementos antitéticos: ser-deber ser.

Es una observación muy antigua que el orden lógico coincide con el orden temporal o genético. Se encuentran el uno frente al otro en relación inversa. Los principios más altos no se dan antes, se dan después. Del análisis de esta dirección en la ordenación de los elementos se sigue que la práctica invierte el orden de la teoría o viceversa. De modo que los fundamentos del conocimiento teórico vienen a quedar en relación opuesta a la fundamentación de la conducta. La mejor prueba de esta afirmación se halla expuesta en el doble texto de Kant: Crítica de la Razón Pura y Crítica de la Razón Práctica. La consideración anterior hace imprescindible seguir en la fundamentación y formación práctica tanto a la razón como a la naturaleza. Por eso en todos los tiempos el vocablo naturaleza no solo ha significado lo que es con-

forma a la experiencia para la teoría; sino también lo que es conforme a la experiencia para la conciencia práctica. En forma extraña se advierte que la abstracción del conocimiento teórico invierte la posición de la experiencia natural y de la génesis de los fenómenos; pues pone como anterior y fundamental lo que la ^oaprehensión de la conciencia aparece después. Espero la práctica apoyándose en este fundamento incondicionado del orden teórico se orienta en definitiva para lograr sus mejores resultados, para la realización de los valores prácticos, sobre otras bases. Por esto en otro sentido puede ^{decirse} que la naturaleza es la generación de sus seres estables.

El conocimiento de este vínculo de la práctica y de la teoría no invalida ni subordina el sentido de nuestra pregunta al interrogar acerca de las estructuras puras de la realidad en vista de los valores; al contrario es una justificación de lo que se plantea.

El primero de todos los requisitos de la realización de los valores y por lo tanto de la educación es la renovación de las energías reales y efectivas; de los medios inmediatos, pero imprescindibles para todos los demás. Lo primero es la escuela en su concepción más amplia de las facultades y de su capacidad para su conservación. Por eso la escuela debe enseñar correlativamente a elegir lo bueno y a ejecutar el plan. Esto es lo que se llama en la terminología aceptada de la moral la formación de un carácter. Por eso al lado de una educación moral tiene que disponerse el ^á mismo para el aprendizaje técnico e sea de los medios utilizables para la efectucción de los fines y la seguridad.

Desde el punto de vista de la educación no pueden separarse los diversos contenidos de la cultura. Así p. e. la voluntad de verdad tiene que fundamentarse tanto en los postulados éticos como en las estructuras lógicas. Esto indica — la unitaria armonía que hay en el mundo de los valores y su realización. El principio y la base para elevarse a los supremos contenidos de valor se encuentra en la tendencia originaria y enérgica para la vida y para la acción; tanto como en la pureza de los ideales; que la visión de los valores — en relación con la base real de la cultura se encuentra en trayectoria ilimitada. Por eso dice Jonas Cohn "que el discernimiento del valor constituye una misión infinita que jamás podrá resolverse por completo" (Pag. 46. Pedagogía Fundamental. Trad. de F. Carmona Neudlars. Ed. Madrid. 1933).—

Los valores no son abstractos. Tal pudiera pensarse en una consideración aparente de ellos. Más bien son la máxima comprensión de lo real. La expresión absoluta de toda posible realidad. Por lo mismo irreductibles a cualquier realidad o a un conjunto total de objetos reales. Pero esto tiene una significación honda; porque aspiramos a los valores solamente con posterioridad a ciertas vivencias que de ellos tenemos, — aún cuando sea en forma ingenua o inconsciente; pues es condición fundamental de las aspiraciones encontrarse ya situado desde un comienzo en algún plano de la realidad cultural. La exacta relación entre los valores y la realidad ha sido precisada por Radbruch al hablar de la relación material de la idea; lo cual significa que en cuanto se aspira a los valores esto se hace desde la realidad y precisamente queriendo de a la propia realidad. En verdad los valores no pueden en

contrarse esencialmente dentro de la realidad. Pero tampoco son una quimera. Al contrario, constituyen el fundamento mismo de toda posible realidad. Y se comprende de suyo que si fuesen objetos de la realidad, no podrían ser los principios esenciales de ella.

N.º - Dice G. Gadbruch, Opus. Cit., con expresión precisa: "llamamos a esta relación la determinabilidad material de la idea, siempre que tengamos conciencia del doble sentido de esta designación: determinada por la materia, en tanto que determinante para la materia." (Pag. 14)

El carácter innato de los valores tiene consecuencias importantes para el problema de su realización. -- Nunca su persecución implica una desviación hacia mundos -- imaginarios o un sin sentido. Al contrario es el único camino que con firmeza plena puede decirse propiamente humano y digno del hombre; porque su sentido usando una feliz expresión de Nietzsche, es el sentido de la tierra.

Es verdad que la realidad presenta constantes obstáculos a las aspiraciones ideales; pero bien mirado las circunstancias de la realidad nunca son impedimentos absolutos frente a lo posible o mejor dicho a lo apodictico; a lo que no solamente se postula como debido sino aún como imposible de otra manera. En suma la realidad nunca es límite absoluto porque ella misma no es absoluta.

Por otra parte sería absurdo que los hombres pudiesen vivir con todo y sus ideales en la realidad si el reino de los valores fuese substancialmente desconocido del orden de la realidad. Si en el fondo no hubiese un punto unitario. Una realidad homogénea más o menos coincidente en la que convengan en un principio común todos los órdenes posibles de su

Las cosas existen. La anterior proposición se muestra en sus más lejanas posibilidades cuando el entendimiento advierte — que ni siquiera los objetos avalantes y los valores puramente lógicos, objetos de la fría razón, son completamente separables de las otras direcciones dadas en la realidad; el querer y el sentimiento estético que sin dar origen a ningún contenido científico fundan el nacimiento e la creación de otros objetos vinculados íntimamente al desenvolvimiento de las ciencias que concurren a formar la unidad del mundo cultural e histórico. El más importante de todos los mundos. Pero así también se muestra que inclusive la realidad natural puede dirigirse y ser dominada a través de la voluntad humana y de los procesos técnicos; más aún por la comprensión técnica que se integra en los fines o aspiraciones de verdad.

La exigencia del mundo de la causalidad en la realización de los valores queda manifiesta si nos damos cuenta — que fuera de la técnica en general; esto es; fuera de la posición de determinados medios y de su conocimiento, el hombre no puede dar un paso y nada puede realizar. Se debe a nuestra época y al pensamiento moderno haber exaltado y hecho patente de una vez por todas la importancia de tal elemento no solo para nosotros hombres de nuestro siglo sino para todos los hombres y la humanidad desde su origen. Debe hacerse justicia a las generaciones modernas desglosando los errores ajenos a toda afeveración con motivo del descubrimiento de esta función esencialísima de la cultura. Al menos en gran parte la determinación de los medios depende del conocimiento causal, v.g. físico o químico. También hay una

técnica cultural más elevada en la cual apenas comenzamos a precisar conceptos; aún cuando su origen es tan lejano que data de los primeros sabios de la antigua Grecia.

La sola existencia humana es ya un valor en cuanto - representa la posibilidad de elegir, la conciencia de valorar. Radimentariamente esta facultad se inicia desde el plano de la intuición y los primeros contenidos de la sensibilidad. Débese a Pestalozzi la aclaración a fondo de este punto. Postula que: "La intuición es el fundamento absoluto de todo conocimiento" (Pag. 207. Como enseña Gertrudis a sus hijos. Trad. L. Luxuriga. Ed. La Lectura. Madrid) La realización de los valores requiere buscar el contenido y la forma original mediante la cual llega a existir un objeto de la cultura. Esta forma original la encuentra nuestro autor en la intuición; o vga. en el grado del instinto como lo quiere Hatorp. En todo caso para nuestra interpretación significa lo mismo; esto es, que hay un plano original desde el cual debe partirse para la superación de la vida a través de las demás formas elementales de la realidad en el proceso creador de valores; en la escala de la educación. - Desde un punto de vista pragmático o de génesis, la efectividad de la persona comienza a resolverse desde el regazo maternal al ponerse en contacto la originaria expresión de la especie con sus exigencias inmediatas y con las limitaciones de su instinto. Se perfila así en los grados de la realidad cultural la importancia de una institución originaria que es precisamente la familia, el hogar. Centro preciso de educación para crear y mantener ante todo las energías primarias del ser que tiene que obrar en el mundo. Esto es, educar pa

ra mantener la vida. La polaridad por el trabajo. Es significativo que ya el vocablo griego de donde deriva el término *oikonomia* designe precisamente "La casa", es decir, el hogar - donde ha de surgir todo elemento indispensable para el sostenimiento inmediato que nos garantiza la estabilidad de nuestra existencia material. El círculo familiar representa la primera seguridad que se nos ofrece y a la cual debemos servir. Se muestra la realización de los valores desde el primer momento como una cuestión de práctica.

Un supuesto interno y elemental de la realidad es la -- tendencia; sin tendencia no podría existir proceso alguno. -- Es un cambio dirigido al futuro. En particular la realidad -- psíquica es tendencia. La conciencia se caracteriza en el pensamiento moderno por ser intencional: por dirigirse a determinados contenidos que no son precisamente el proceso psíquico como tal, sino objeto de la vivencia. Esto tiene singular importancia porque revela que la formación de los bienes no requiere de modo indispensable la existencia de una supuesta realidad de carácter suprapíquico; Vgn. de un espíritu. Ya lo psíquico da base suficiente para sustentar cualquier objeto de la cultura y su evolución constante en la historia. De suyo se comprende que no importa la descripción de las vivencias como contenidos psíquicos que tienden hacia la realidad cultural. En todo caso interesa la descripción para de -- los mismos contenidos en cuanto vienen a cuenta para el problema planteado. No perseguimos la realidad subjetiva sino -- la cosa misma; la dirección objetiva implícita en toda realidad cultural.

Es indudable que los valores son para una tendencia real

hacia ellos; o para contenidos objetivos también reales y concretos. Por eso se dice que si la realidad se dirige en todo caso a valor; al valor le es inherente una proyección sobre la realidad. Los valores como estructuras immanentes de la cultura implican a priori un proceso de voluntad creadora y la realización correlativa de las obras. Pensar de otro modo esta dimensión de los valores sería concebirlo fuera de toda realidad; en un mundo distinto de este, que es el verdadero y único mundo de nuestra experiencia.

La realización de determinados valores se acompaña constantemente de la anulación o sacrificio de otros; acaso más bajos o más altos, en medida mínima o máxima según el caso. A veces se gasta la salud por el conocimiento o viceversa; al palcer por la religiosidad o al contrario una por otro; claro que esto siempre tiene que ser justificado. Vga. estábamos valioso a un Francisco de Asis; pero en cambio el que destruye su vida fuera de toda elevación animosa nos parece despreciable. La realización de los valores exige una variación en las formas de vida; un proceso evolutivo. En cierto modo el desprecio de lo que es y el afán de superación son principio de la actividad creadora. No se trata de repetir rutinariamente los contenidos culturales; sino de adquirir frecuencia del ánimo y un cultivo más hondo de las facultades para lograr mejores productos. Es absurdo pensar que haya hábito de los valores; por el contrario es indispensable la esperanza y el anhelo renovado de los fines. La adaptación mundana que da cierto aspecto biológico, no sirve para la realización de los valores. El simetismo tiene un valor finisimo para mantener y crear las obras humanas. Claro que si

la mimesis se interpreta en el sentido platónico, como la imitación anímica de lo bueno y lo ejemplar entonces ya no se entiende como una categoría de uso común. La educación norteamericana en su forma dominante es errónea porque quiere proceder, no por el desarrollo de las capacidades autónomas del sujeto, sino por la formación de hábitos; y por una especie de socialización mímica de la vida. Por eso en el fondo la idiosincrasia sajona sigue siendo ruda y bárbara; aunque aparezcan buenos servidores rutinarios de la tradición *totalitaria*.

La realización de los valores supone una estructura anímica de las cosas. Una concepción de la vida y de los valores enfrentada a la realidad. "Para salvarla no sirve ningún veredicto de la ciencia". Es indispensable el desarrollo del esfuerzo práctico. Los puros valores como ideales de la cultura y de la plena humanidad son de por sí inoperantes en sentido genético y de la eficacia práctica. Las energías susceptibles de crear determinadas obras, tienen que ser encontradas como fuerzas impulsoras en el seno mismo de la naturaleza. Pero ya advertí que las condiciones de la génesis de la experiencia, se invierten; en el orden lógico el verdadero fundamento es precisamente lo no real; esto es los principios cuya consistencia es abstricta; aún cuando el primer soporte de la realización es el hombre mismo, y la condición original para la realización de lo valioso es antes que todo encontrar se naturalmente dotado de ciertas capacidades susceptibles de desarrollo que permitan contribuir en algún aspecto al florecimiento de la cultura de su tiempo.

La historia es un contenido de realidad objetiva en que se hace patente la existencia de una generación. Mas en tanto

que las obras reales de la cultura son susceptibles de cambio o desaparición; los valores como objetos ideales sobreviven a la época. La realización de los valores es la cultura misma. El cultivo constante de la personalidad humana y de sus frutos. Pero también la personalidad humana es el compás de frutos culturales. Y a través de este proceso de renovación y engrandecimiento aumenta el tesoro de la humani-dad. De ahí la enorme trascendencia de la realización de los valores. En la base de este proceso se encuentra como principio necesario la idea de continuidad. Esta categoría no solo rige la transformación de los fenómenos; sino el enlace puro de los conceptos y de las ideas. Explica la unión indisoluble entre la realidad y el valor. Esto es, que los valores se presentan como continuos e immanentes en la realidad. En consecuencia siempre la realidad está dominada por una tendencia axiológica; y desde otra perspectiva la realidad es ser su base indispensable.

Otro fundamento es la constitución negativa de la voluntad frente a su aspirar positivo. La realización de los valeres tiene que partir de una desaprobación del ser, dada dentro del ser mismo. El descontento del que aspira en todo momento en que se presenta con más vivacidad su deseo; pone de manifiesto la insuficiencia del grado de realidad alcanzada. La satisfacción de lo que se es, una tensión que parece romper la continuidad constructiva y el desarrollo del esfuerzo hacia un objetivo. La fase negativa del querer de Platón en la explicación de Diótima a Sócrates. Este es procreado y nutrido por la tristeza y la nostalgia; por la insuficiencia del estado desde el cual se es

Por las circunstancias reales hacen del amante un sujeto que se lamenta de no ser todo lo que su corazón anhela; de no poseer aquello que se juzga de un valor más alto en el objeto amado. El amor y la aspiración de lo valioso es en este aspecto un estado de sufrimiento y de turbación del ánimo. Pero no se agota la tensión erótica en la situación de anhelamiento. El amante se decide en la dirección contraria representada por el objeto amado; lo que en la expresión del filósofo se significa como lo bello. La falta de lo que se quiere se convierte en esfuerzo creador. Eleva el ánimo hacia objetivos superiores y más altos hasta que llega a la divina fuente inspiradora de todos los actos nobles que es el mundo increado de la belleza y de la absoluta bondad. La negación de lo existente la concibió Nietzsche como una función esencial de la voluntad de poder y de crear; este filósofo habla del rompimiento de ídolos, o de la destrucción de tablas de valores. Esto constituye el espíritu de negación como la voluntad de renuncia muy distinta a la cristiana que según este pensador, supone un proceso pasiva y débil y no creador. Al contrario la negación debe ser para la afirmación del esfuerzo en una dirección valiosa.

La voluntad creadora es voluntad de ser. Pero de ser aquello a que se aspira. No precisamente la conservación de lo logrado. Goethe satirizó festivamente a esta especie de conservadores en el paseo de pascua en Fausto. Dijérase que en cada acto realizador de valor el sujeto aspira a actualizar la totalidad de sus aspiraciones; a imprimir el sello de la perfección al objeto creado. Pero frente al contenido absoluto de la voluntad realizadora de valor, se encuentra

La idea de tiempo que es imprescindible para toda obra. La tendencia elevada a la unidad de valor se corpora en forma dramática al introducir la diversificación limitadora propia del desenvolvimiento histórico. Los valores tienen que realizarse en este mundo defectuoso y siempre incompleto. Claro que la ingenua comprensión del ser referida a todo lo posible no tiene problema alguno de realización; porque ahí en unidad total se piensan los objetos como dados. Sin embargo, la tarea educativa como tal, la realización de los valores, no tiene límites empíricos en cuanto su misma esencia indica la ineludible posición de algún objeto que se obra e realizar. Precisamente porque ha de efectuarse en la experiencia y a pesar de ella se siente fecunda y nunca derogable forma del querer humano. La máxima universalidad de las ciencias indica su acercamiento a mejores valores. Por eso el imperativo categórico no tiene más contenido que esta elevación de la conducta a la objetividad. Y la educación en su comprensión clásica no consistía en la asimilación de cartillas prefijadas; o en una capitalización de las virtudes; sino en la formación de los hombres para el amor y la emulación de los mejores modelos. No es casualidad que los más excelentes realizadores de valor constituyeran personalidades ejemplares que se mueven entre el grado medio del valer y los valores en sí. Su papel consiste en inclinar a los demás a escalar y superar el pedestal alcanzado. En ellos se admira nuestro ánimo una gran posibilidad digna de envidia.

La educación es tendencia a unificar la realidad precisamente respecto al mundo de los valores. No se entiende unilateralmente un simple educar a los demás o un educarse a sí mismo; sino ambas direcciones a la vez, esto es, conocer en —

la comunidad humana. El hombre no nace. Se hace en el desenvolvimiento educativo fuera de la escuela; y por lo tanto en todos los actos de la vida. Pero en todo caso se supone una concentración efectiva de la voluntad hacia valores.

La personalidad es un complejo de aptitudes constituidas con referencia a valor. Piénsese en los representantes de la cultura humana. Es falso por lo tanto concebir a la persona como un estrato diferente y aparte de los contenidos de la voluntad. Cuando se postula como elemento real de la personalidad una entidad o substancia llamada espíritu; esta es definitiva viene a servir de apoyo expreso o implícitamente, a las más diversas tendencias ideológicas o a motivos subjetivos que se trata de justificar. A quienes no les basta la exigencia de los ideales y los actos que hacia ellos se dirigen, insisten en describir una supuesta realidad con los mejores caracteres, creyendo en esta forma garantizar la firmeza de su predicación o la firmeza garantizada de su apostolado; ignoran que la mejor garantía de las aspiraciones consiste precisamente en el ser irreal e irrealizable del espíritu. La plataforma política se escuda al atribuir determinadas condiciones insustituibles a una realidad supuesta como natural del hombre. En este sentido se contrapone al espíritu el ejercicio del poder en manos de un partido o a la salud humana en general. Tal hace p. e. Sanglier en el comienzo de su Conferencia, "El Saber y la Cultura" Trad. J. Gómez de la Serna y Favre. Ed. Madrid. 1926.

Es verdad que con relación a los contenidos de todo tipo nosotros concebimos al sujeto como continente; inclusive respecto a las estructuras esenciales. Pero esta relación

a priori no hace autoriza a absolutizar a su vez como un contenido sustantivo la unidad de los contenidos mismos; esto es, - el punto de relación continente. Así como la ley en cierto modo está contenida en el fenómeno, así el conocimiento está contenido en los procesos psíquicos; pero la unidad del conocimiento no requiere suponer una realidad única subjetiva. - En las excelencias mismas del mundo de los valores necesitan suponer una realidad también excelente. La unificación de un conjunto de predicados en una sola individualidad histórica - constituye lo que se denomina modelo: pero no de un espíritu preexistente a los contenidos valiosos que hacen ejemplar determinada persona. El mayor grado de espontaneidad en la creación no significa la existencia de un alma suprasensible con estas o aquellas cualidades.

El sujeto realizador de valor se caracteriza por una - tendencia inagotable a convertir toda realidad natural en la base y apoyo para los objetivos ideológicos. De esta manera la realidad se torna a la vez que la negación de los valores; el fundamento capital imprescindible de la cultura; de su realización. Bajo otra ley tan originaria como la de la causalidad y que es la teleológica; los contenidos reales se comprenden y sirven a otra dirección. Pero esta capacidad real para lo universal y lo valioso no necesita la suposición de otra naturaleza; o de otra zona de realidad superpuesta a los fenómenos físicos en general; sino solamente una forma distinta de su constitución; una organización de nuestro ser de la que la naturaleza no puede dar cuenta porque rebasa su dominio; aún cuando originalmente ella no ha dotado para su posición.

El sujeto realizador de valor; el sujeto humano, parte
nace sin duda al orden de la naturaleza en cuanto nace y se
desarrolla dentro de ella. Pero además de esto el sujeto que
realiza los valores es esencialmente la razón de su propio
destino y su existencia no está determinada por el mecanismo
causal del mundo físico exclusivamente. "Yo mismo con todo
lo que llamo a mí soy un eslabón en la cadena de esta figura-
sa serie de necesidades naturales" (J.O. Fichte. Trad. E. --
Ovejero y Maury Ed. Madrid. 1913. "El Destino del Hombre y --
el Destino del Sabio". Pag- 22).

Pero en la consideración irrefutable fundada en la na-
turalidad, se sobrepone la voz trágica de la sabiduría de los
antiguos que exclama: no temas a la fatalidad de ser hombre-
que cosas más duras te reservan los dioses. Solo en boca de-
los hombres puede surgir la afirmación del propio ser por en-
cima de la palabra del Rey a Bileam en la vieja Italia, pro-
viéndole con honda amargura en aquella lapidaria sentencia,
"si supieran los hombres que más les valiera no haber nacido".

Los valores son aquellos que de antemano se proponen fren-
te a la realidad para que sea traída en su dirección. El va-
lor es la anticipación de un fin de aquello que no es pero --
que necesariamente debe ser. En consecuencia más real y firme
que todas las realidades. Porque nadie puede destruir el pro-
yecto de una obra. La realización de los valores exige formar
la realidad por el valor. El ser por la idea. Y en este sen-
tido es evidente que la razón preside al objeto. Pero esta --
relación indispensable y más sólida que las relaciones del --
mundo físico necesita y reclama para el hombre que lleva a
cuestas la carga, " que sólo en el amor está la vida, sin "

todo es muerte y destrucción" (J. Fitore. Cpus. Cit. Pag. 46)) El hombre a pesar de las circunstancias en que se halla envuelto es la única criatura capaz de sentir el remordimiento profundo de no ser cuando se frustra su obra. La objetividad de los valores y la exigencia de aspiraciones es sujeto; excluye el egoísmo en la formación humana. Porque quien realiza valores trabaja y se educa rodeado de los demás y para los demás; Por eso la realización de los valores solamente puede lograrse en las formas sociales de vida - esto es una consecuencia de la consideración de la realidad.

La educación comienza desde los actos que capacitan e inclinan a realizar los valores vitales en el seno del hogar. La genuina formación de la voluntad se inicia desde la religión, del arte, etc. Así nos explicamos que la sabiduría en su significación originaria y en los mejores tiempos del pensamiento griego, no se entendió como una capacidad de conocimiento intelectual o racional exclusivamente; sino más bien como la capacidad de valorizar en general sin sobrestimar el punto de vista de la ciencia. - Esto es, la sabiduría se definió como el conocimiento de lo efectivamente bueno. Pero esta dirección abarca todos los contenidos de la actividad humana.

Entendida la educación fuera de su estricta acepción escolar; como la actividad formadora de capacidades en los diversos grados del desarrollo del hombre, se presenta como la más elevada misión de la vida. Puesto que ella es la dirección en que todo se crea y supera. Las obras universales

los de la cultura humana revelan siempre un resultado que dimana de esa fuente implícita en una u otra forma en las grandes producciones del pensamiento. Desde los libros sagrados del Oriente hasta el Fausto de Goethe. Porque en definitiva lo más que puede pedirse es la formación de buenos ciudadanos en el sentido clásico de la palabra, no buenos jóvenes sino buenos hombres.

Los hombres no son entes metafísicos como lo quiso pensar la ontología tradicional. Responsables de todo lo que sucede en el Universo. En realidad solo tenemos pequeños mundos y eso somos. ^{¡pero cocinamos!} Pero nuestra colocación en este orden no excluye la exigencia de la hora; y en ella debe ser puesta la más alta pureza de nuestro corazón y el cumplimiento riguroso del deber según mi situación y mi destino.

La unidad definitiva de la conducta se construye y se alcanza sobre la multiplicidad y variación de un mundo que en su comienzo es caótico e inconexo. Así se presenta en la intuición inmediata de lo dado desde la que hay que ascender a los elevados del ideal. Es aquí la importancia de hacer hombre miembro de una comunidad en donde comenzamos a adquirir nuestro tesoro original que habremos de aumentar y que se ofrece a través del ejemplo valioso de los que nos rodean al principio de la vida.

Resulta paradójico que del fundamento moral más alto que manda escoger siempre lo mejor no pueda sacarse ninguna finalidad concreta para la acción. Estos han de ser buscados en las posibilidades inmediatas de la conducta; en aquella que está en nuestra mano preferir. Y en definitiva ninguna finalidad.

queda como último: Porque la realización de cualquier objeti-
vidad todo caso viene a ser un punto medio. La única obra úl-
tima es la constante aspiración y la efectuación de lo mejor;
de lo que vale más. La Filosofía de Nietzsche, dentro de su
aparente dirección negativa, postula esta aspiración infinita
de superación. Claramente expresada cuando exclama: "Tra este
la vida, venga otra vez." El único ideal definitivo es lograr
objetivos más altos. En esto consiste el íntimo valor del hom-
bre; a quien toda obra ^{se muestra} es perfeccionable por la aplicación del es-
fuerzo. La tendencia incesante de la voluntad lo describe de
manera formidable Nietzsche en la respuesta a Maristóteles al
convenir con Fausto en su vida y sus anhelos.

La objetividad de los contenidos culturales no desmere-
ce cuando se los refiere a la vida psíquica o a los fenómenos
físicos; como la objetividad y el carácter constante de las
leyes naturales se conservan a pesar de que se los refiere a
los fenómenos que rigen, relativos y contingentes. El
hombre advertirá que el crecimiento de la vida humana o su
mejor desarrollo no alude a una cuestión biológica y ni signifi-
ca de simple destreza. Se refiere al más al menos a la acimi-
nación de la cultura. A la realización de los valores. El cre-
cimiento de la vida no se verifica en forma vegetativa sino
por el esfuerzo aplicado a la enseñanza y en la educación.
Se vuelve más rica a medida que el hombre de educa desde
todos los puntos de vista posibles.

La realidad humana o cultural consiste en un grupo de
motivos o circunstancias y modos de conducta que forman un
reino esencialmente distinto al orden de la naturaleza. Tal-

es la familia, del estado, la iglesia, las agrupaciones profesionales, etc. Estas realidades no se encuentran circunscritas y determinadas por la doctrina física. Otra especie de conceptos tienen que entrar dentro de esos objetos en las ciencias de la cultura. La realización de los valores supone la existencia de una voluntad libre y la posibilidad de poder lo que debemos. Esto es, no la postulación inflexible de una dirección especial y nada más, sino el análisis de las instituciones y las formas que mantienen el vigor de las potencias humanas. Entre estas formas la educación no es un fenómeno cultural aislado de la religión del arte, etc. Es al igual que cada uno de estos territorios representativa de la unidad de los demás. El mundo es una vez ciencia. Otra vez arte. Religión etc. No hay en rigor sectores determinados geométricamente, sino funciones ligadas indisolublemente. Así la educación penetra en todos y cada uno de los sectores de la cultura.

N.- En relación con la amplia significación a que me refiero dice Messeri: "Todas las funciones y formas de la vida espiritual (por diferentes que puedan ser las finalidades que le sean propias) ejercen por sí mismas una actividad educadora, debido a la mera razón de su existencia y efectos". Historia de la Pedagogía. Trad. Manuel Sánchez Barco. Labor. Barcelona 1927.

El problema de la realización de los valores limitados a determinadas zonas o esferas del arte, de la ciencia, nos exige dilucidar el punto común de toda acción en verdad el remate de la cuestión tiene que resolverse universalmente y en última instancia desde el punto de vista ético, porque si es válido y se postula para cualquiera actividad

humana. La educación forma para realizar los valores y por cada una cuando no agota plenamente todas las actividades, en su origen ellas pueden reducirse a esta unidad esencial. Si la educación es en su esencia una tarea polifásica infinita; su amplitud involucra la parte modular de la realización de los valores. Tal es el tema que ahora desenvuelve.

Se requiere como elemento fundamental la libertad, la autonomía en la determinación. Lo mismo en el arte que en la ciencia. Porque la realización de los valores ya no se contenta únicamente en proceso y obra de la voluntad. De ahí el carácter infinito en la dirección hacia los valores que se encuentra en su estructura misma. Dice con razón J. Le Radice, que "La educación es la unión de lo ideal y lo real". Opus. Cit. pag. 80.

La educación tiene un carácter normativo porque es de la ciencia del deber y de toda norma dirigirse a la realización de valor que es su fundamento a priori. Contiene en el fondo determinados medios y fines. Por otra parte supone a las personas al menos; maestro y alumno. Claro que el sujeto realizador de valor puede educarse a sí mismo y auto-dirigirse en el cumplimiento de sus aspiraciones; pero en el caso la concepción del objetivo representa para el sujeto la dirección magisterial o maestra. Se supone por otro lado la influencia de quienes lo rodean; porque incluso "El más grande genio es creado por su pueblo" pag. 55. Id. Aún es más sorprendente que también los muertos concurren en la comunidad universal como sujetos de la educación. Sobre todo de cuando se trata de excelsas personalidades de las que dice

-24-

nuestro autor "Contemporáneos en la Eternidad". Mas realizar valores es no solamente engrandecer a la comunidad sino también así mismo. Educar, realizar valores, cultivar concepciones, constituyen una sola unidad. Pero ya con estas consideraciones me vengo situando en otro tema que es la última parte de este trabajo.

II.- LA REALIZACION DE LOS VALORES Y LA FILOSOFIA DE LA EDUCACION.

La educación así definida no es exclusivamente del maestro en sentido escolar o escolástico, ni del especialista; al contrario es tarea de todos y cada uno de los miembros de la comunidad. A ella nadie escapa ni puede escapar como sujeto activo y pasivo en la influencia recíproca de los actos humanos. Constituyamos los puntos asentados con algunas observaciones concretas.

Lo mismo en Esparta que en Atenas el contenido fundamental de la educación helena fué de carácter práctico. Tien de antes que todo a desarrollar las virtudes de la voluntad. La sabiduría, el valor, la elevación del alma, lo mismo en la milicia que en la política se exige el mayor rendimiento para la dirección y la elección de lo querido. Es magistral la Oración de Pericles en Tucídides. Así mismo el objetivo de la educación griega fué siempre de una sólida base heroica; como nunca se ha repetido en la historia. Lo mismo en la tradición dorica que en la ateniense, advierte Nietzsche con profundo sentido y evocando sobre Eros la bella sentencia de Hölderling, "Pues es como amante como el mortal produce el mayor bien". Humano demasiado Humano. I. N.º 259.

Pag. 173. Tomo 3º. de las Obras Completas, Aguilar Madrid. --
1932. La importancia de esto para explicar la superioridad -
de la cultura griega. Y sigue valiendo la honda comprensión -
que el griego tuvo de los fines y sus límites; al establecer
Vga. en aquella cultura de hombres dos puntos de interés en -
el trato con la mujer porque así estaba bien que fuese: la pro-
creación de los hijos y la voluptuosidad. Y solo en esta fuente
de renovación naturalismo entendida en su raíz original, puede
conservar la personalidad equilibrada por su contacto fecundo
incluso pleno de religiosidad, con la propia naturaleza repre-
sentativa de sus facultades sensibles siempre vivas y despierta-
das. Arraigar constantemente en la realidad. Solo deformacio-
nes posteriores en la valoración borsieron el sentido clásico
de la humanidad, carente de suspicacia contra la vida. Siempre
la forma educativa estuvo allí arraigada en una concepción to-
tal de la existencia humana. Que ha quedado como modelo para
toda la historia porque ella dirige el esfuerzo por igual a la
totalidad de los valores. Comprendemos así que la realización-
de los valores tiene que iniciarse y nutrirse siempre de los es-
tratos inferiores de la vida; y sin embargo este punto de vig-
ta exigido para la elevación del hombre es desvirtuado con --
frecuencia en todas las épocas.

Desde Platón hasta Pestalozzi y Montory se reconoce por -
los grandes idealistas que las leyes fundamentales de la Ló-
gica la Etica, etc., deben ser tomadas en cuenta para la reg-
lización de los valores. Que es una cuestión de grados y que
cada mundo tiene que construirse partiendo de los elementos; por
que no es dado jamás un mundo en el que comodamente se deje -
arrastrar el hombre por su instinto incierto. Sino en mayor

o menor grado pone en la base de su ser la voluntad. Podría escapar a la visión armónica la realidad y la ciencia -- mas no es así. La realidad se halla acondicionada relativamente por el valer; pero el valer es una función negativa de la realidad y por eso más primordial que ella. Es verdad que la realidad sola es realidad en cuanto no es valer; sin embargo la ciencia dominadora de la realidad como todas las obras humanas en definitiva es más que la realidad en cuanto se encuentra ligada y construida idealmente. Cuando la realidad aspira a valer adquiere una significación distinta; porque entonces ya los valores no son simples principios negativos de su existencia sino por el contrario afirmadores de ella. De suerte que inclusive el proceso de la ciencia, la formación teórica y su desarrollo, tiene que entenderse como deber. Y proponerse la verdad como fin. De suyo se comprende que esto es una cuestión que encaja en la teoría y en el núcleo mismo de la moralidad.

El sector de la moralidad es en definitiva el más importante para la realización de los valores. Tan esto es así -- que la frescura espiritual de los pueblos, el establecimiento de nuevas formas de vida, la creación de un nuevo mundo, -- ha sucedido concomitante a la transformación de la vida moral y religiosa. Recuérdese el tránsito de la cultura griega a la romana, a la cristiana; Los dioses han conducido siempre de la mano a los hombres; y el edificio cultural de las generaciones se ha cuarteado siempre de ese lado que es su -- fundamento. Educar es antes que todo aprender a estimar. Los hombres asimilan determinadas formas pero también reaccionan y sugieren con frecuencia nuevas estimaciones. En todo caso

no es posible realizar valor alguno sin quererle y estimarle en alguna modo. La acción es lo primero para la elaboración de las obras. De suerte que la integración de la cultura adquiere un fundamento educativo imprescindible.

N.- Así entendemos las comprensivas palabras de Messerschmidt en los fundamentos pedagógicos que refiere en la obra citada, Pág. 123, dice "Desde este punto de vista toda la actividad del hombre puede considerarse principalmente como una realización de valores - (O de no valores)". Véase sobre la importancia central de la moralidad para todas las actividades de la cultura. J. Coen. Pedagogía fundamental. Ed. Cit.

Que la realización de los valores tiene como fundamento central las formas de la educación se manifiesta al observar que históricamente los pueblos más educados son los que han logrado objetivar en mejores formas de cultura sus aspiraciones. Los templos y las estatuas griegas, los textos de los filósofos, son ejemplo y modelo para todas las generaciones. La historia es historia de la cultura; más ante todo se deja comprender en sus obras esenciales, por la educación característica de cada época. Para si la educación ha de ser entendida en su acepción más comprensiva debe referirse al hombre en general. Al hombre en plenitud y para esto necesita finarse en todas las dimensiones de la humanidad.

El proceso educativo se muestra como una aplicación constante de escalas de valor. No vale solamente para los niños, los adolescentes y los jóvenes, vale para todos los sujetos de aspiraciones. El aspirar es cosa de toda la vida y no sólo de un cierto período. Pero en la vida del cumplimiento de todo fin posible; de todo valor, se encuentra el desarrollo de la voluntad. La elección de los

valores supere principios morales. Y el fundamento moral más alto; lo bueno, indica que la dirección infinita de la conducta exige buscar lo más valioso. No quiere decir que puedan asimilarse la realidad y el valor; por el contrario, "los árboles no crecen hasta el cielo", pero en algún sentido se tocan. Esto decide y afecta la realización de valor en cuanto obedece a fundamentos éticos, resolviéndole en un proceso infinito; porque conforme a la ley moral es posible la renovación y la superación del esfuerzo. La voluntad moral sólida y fuerte se encuentra bellamente simbolizada en la vida de Zarathustra, escalador de montañas y eterno viajero. El problema de la realización de los valores no es cuestión racional exclusiva; o un simple elemento de la finalidad humana; es generación del esfuerzo que debe resolver en definitiva la ética. La teoría de la práctica.

Apartado del camino del bien es posible perseguir finalidades antivaliosas. Más esto mismo hace posible la libertad de la voluntad; que de otra manera, sin objetivo de elección, carecería de responsabilidad; no sería una voluntad. Frente al fundamento de la moralidad es relativa cualquier experiencia; por eso el mundo jamás puede forzar al sujeto en la elección de su destino totalmente; ni en la persecución de los valores. Es decir, porque la realidad es limitada condiciona el juicio práctico que es categórico e incondicional. En consecuencia el sujeto humano está obligado como persona a la exaltación de los valores que son el reino de su libertad. La libertad es así el supuesto imprescindible de la realización de los valores; más no por referirse al acto que ya es sino por dirigirse a lo que universalmente es de-

vido. Se orienta en la conciencia del valor y no del ser. El sujeto dice desde el punto de vista de su aspiración - quiero este; luego no quiero aquello; sin embargo, podría quererlo.

Por otra parte la voluntad no es arbitraria. Sus grados no se determinan de modo indiferente. Nunca conduce a los grados superiores sin los intermedios. La libertad como la naturaleza no da saltos. Por eso el problema de la realización de los valores remite a la clara conciencia en la elección del mayor grado y al crecimiento paulatino de las capacidades. Cumplir diariamente con lo debido es realizar los valores. Por eso se postula ante todo la formación ética de la conducta como una cosa de vida o muerte - para el valor.

Los pueblos más grandes y fecundos han sido aquellos que tuvieron a la base de su vida una organización moral, firme de sus instituciones. Una voluntad fuerte capaz de crear un mundo.

Porque el amor al valor es también decisivo para lograrlo. Cualquier educación tiene que atender a las aspiraciones que son formas de amor. Tendencia a lo que es bueno y a lo que es bello. El pensamiento productivo es amor a la verdad; como la voluntad es el amor de lo bueno. Por eso en la acción expresó Goethe sus dudas interpretativas del libro divino en su primera palabra. Igual contenido se expresa en la imagen mitológica de Prometeo que encadenado a sí mismo conserva su resolución firme y su esperanza.

Según la realidad hay dos respuestas para dirigirse a los valores. Una dice "Educa conforme a la naturaleza".

la otra "Educa conforme a la Naturaleza". Tomadas disyuntivamente ambas son falsas. Respecto al vocablo naturaleza debe hacerse la siguiente distinción. La naturaleza puede ser entendida como la unidad absoluta y perfecta de cualquier objeto. La naturaleza es así el arquetipo del universo y de cada cosa en particular. Este es importante porque muestra que en el fondo coinciden ambas sentencias. En todo caso, la materia de la educación es el hombre en su totalidad y como miembro de la comunidad; en todas sus capacidades no solo en el aspecto intelectual o religioso sino en los demás; referidos siempre a la unidad de la voluntad.

La educación no forma para determinados fines en particular; a este efecto se requiere una aplicación especial de ella. Tal como aquí la entiende la educación forma unívocamente para todos los fines porque atiende a la esencia de la voluntad. Fomenta la aspiración de lo bueno; la preferencia de lo mejor. Esto resulta la educación considerada según su fin fundamental a veces desvirtuada por cuestiones paralelas. Más de suyo se comprende que no se afecta a la esencia de nuestro objeto.

La Filosofía de la educación no tiene que prescribir reglas sobre la conducta para asimilar los contenidos de la cultura. Y el que quiera cumplir su destino no debe aguardar a que se resuelvan las disputas filosóficas. La verdadera filosofía consciente de su naturaleza tampoco pretende participar en las plataformas políticas o en la crítica de arte. Si por ética entendemos no sólo a la teoría de la voluntad en su máxima expresión moral; sino de la voluntad en general, en ella debe fundarse la Filosofía de la Educación al igual que se

funda la Filosofía del Derecho; además, mostrada la posición central de los valores éticos con relación a los demás núcleos de valor se justifica esa fundamentación. Como establecí al iniciar este trabajo no se trata de buscar un objetivo determinado para la práctica o máximas morales para nuestra época; sino el criterio fundamental de determinación de cualquier objetivo. Los medios de lograr un fin en cierto momento y los fines concretos que pueden ser contenidos en la voluntad implican otra cuestión que aquí pasa por alto. La pedagogía como ciencia o arte de la educación no debe confundirse con lo que aquí se trata. Ella es en primer lugar una ciencia real cultural. En cuanto tal supone necesariamente a su base una ciencia pura que es la Filosofía de la Educación; en principio la ética. Y nunca su autonomía significa la carencia de ese fundamento. Por eso su problema no es precisamente práctico como no lo es el de ciencia alguna. Después de estas aclaraciones continuaré el análisis de lo que la educación significa referida a la realización de los valores ya que las relaciones formales de la Filosofía de la Educación en el sistema del conocimiento será concomitante y fundada en esto.

En el fondo de toda consideración educativa la experiencia nos muestra al ser humano. Y la educación no es una función secundaria de la vida humana sino la función por excelencia. El eje de la conducta. Es verdad que el hombre en su naturaleza más profunda no es un ser racional; pero también es verdad que el objeto de la educación no es precisamente la educación intelectual; no tampoco es su objeto único la moralidad; sino que abarca en conjunto todos los aspectos de

sibles de la cultura. Esta posibilidad se muestra en el contenido estético, religioso, etc. que es dado en la educación por los más diversos caminos. Mas el secreto de toda educación en su aspecto fundamental, es la actividad volitiva. En su conciencia y en su fin la realidad de las obras culturales exigen en primer término un daimon que quiera realizarlas. El elemento motor de la asimilación de valores es precisamente la voluntad; que pueda tener los más diversos contenidos.

Ahora la cuestión es saber cómo realizamos múltiples valores. Cada hombre puede construirse una vida unitaria. Pero la unidad y objetividad del destino de los hombres se funda en condiciones universales. Estas condiciones universales constituyen en último término la unidad moral que re-mata en el valor supremo de lo bueno. Fuediera creerse por otra parte, que la educación tiene una función simplemente conservadora de la herencia de nuestros antepasados; pobre significación si sólo se le diese este contenido. En realidad la creación de una obra, libro, pintura, música, no es resultado pasivo de un proceso formador del hombre sino que al mismo tiempo refluye como motivo educador sobre el que la hace. También enseñando se aprende y construyendo se afirma el sentido y la comprensión de los valores. En suma también la creación es un momento de la educación. Acaso su mejor fruto. Porque en la obra se educa al creador.

Quiero insistir en que las formas de la voluntad son directivas y esenciales en cualquier dirección humana para la realización de los valores. Lo mismo en el arte que en la ciencia. La dirección moral penetra en todos los aspectos

de la cultura; sin que esto implique su confusión con otros territorios que esencialmente se distinguen. Dice a este respecto Pestalozzi: "Es consustancial a la moralidad la aspiración a intervenir en toda la vida cultural, y dar las normas para la actitud que el hombre ha de adoptar frente a toda clase de valores." Pág. 165 Opus. Cit.

La actividad educativa encierra las funciones capitales del mundo de los valores en cuanto confluye en unidad indivisible este reino, a través de la actividad de la voluntad como en su último fin. Pero no significa que de la actividad educativa se deduzca cualquier dirección cultural. En su relación periférica los elementos de la educación son esencialmente los mismos que integran a la cultura en general; más universales o más detallados, lo cual no importa para el caso. De suerte que Vg. la educación y la enseñanza de las ciencias exige una fundamentación en principios lógicos; la educación estética como le ha visto Schiller tiene que arraigar en el concepto mismo del arte y en su génesis absoluta. Pero todos estos fundamentos no constituyen la última base de la formación humana; ni aún agregándose unos a otros. Para este objetivo se requiere alcanzar el fundamento de los fundamentos; el elemento central que hace posible cualquier dirección de cualquiera actividad del hombre que es ni más ni menos la esencia ética de la educación. La estructura del hacer humano en general, en su raíz valitiva.

La educación es la formación esencial de la voluntad, implícita en cualquier dirección de la enseñanza; aunque en verdad no sirve por sí sola, aisladamente, ni para la erigir

ción científica e artística; esencialmente porque es el elemento común a toda obra humana.

Educar es formar la voluntad e implícitamente formarla para estos o aquellos objetos. De allí el doble fundamento que recibe la Filosofía de la Educación. Por una parte correlación a la ética de la cual se deriva; y por otra con todas las ramas de la filosofía en cuanto a su materia. Estas, a los determinados objetos que encausan en una o en otra dirección el esfuerzo. Es inseparable la función educadora - de la formación cultural; porque la cultura es el contenido de realización de los valores. Por ende la materia de toda educación y de la que toda enseñanza tiene que nutrirse. - El proceso educativo no es desde este punto de vista, mas que una asimilación y proyección de contenidos culturales. - Al proceso dinámico de asimilación y proyección creadora; - a la forma activa de realización de la cultura y de los valores es a lo que se denomina educación.

Cualquiera actividad educativa tiene que partir y llegar en todo caso a bienes de la cultura. Siendo ella misma un bien cultural. Nada más pero nada menos que el bien cultural central indispensable para el mantenimiento de todas las demás obras humanas. Así nos aparece la voluntad en el análisis filosófico como vacía; puesto que ella de por sí es insignificante sin la ineludible referencia a los objetos y a los valores que a priori les sirven de contenido. Pero también es básica en otro sentido porque los contenidos culturales suponen la función práctica. Y correlativamente todos ellos son supuestos para la voluntad. Es indig pensable aprender con claridad esta forma comprensiva de la

educación con la amplitud que señalo para poder fundar y establecer el alcance y los límites de ella. Es pensamiento clásico esta unidad de los elementos a que se refiere. Ya se muestra desde un punto de vista especulativo o bien desde un punto de vista concreto.

De lo anterior se desprende que la verdadera educación no ha de preparar solamente para la conservación rutinaria del acervo cultural ya logrado; sino que es de su esencia como es de la cultura misma preparar sobre la base de lo logrado y lo alcanzado, la creación y el mejoramiento de los bienes humanos.

Para afianzar la visión del tema que vengo tratando es útil considerar que la preferencia de lo bueno no implica la dirección a un fin determinado. Porque el último fin jamás puede tener un contenido concreto. Este contenido concreto solo puede darse en las circunstancias en que se desarrolla el ser moral. Quien trate de encontrar en su vida un fin absoluto y determinado. La supuesta bondad con un contenido material, en realidad invierte la valoración porque persigue una quimera. Por fortuna la realización eficaz de los valores se conserva frecuentemente como un beneficio a pesar de los móviles personales del actor. Porque aún el error tiene algo de verdad al menos como escuela negativa; y por eso la historia de los hombres jamás es infecunda aún allí donde se acentan las más graves injusticias y los errores más grandes. Suena paradójico pero no por eso falso ni confuso. Tal vez el más alto fin es la preferencia de lo mejor. Pero suyo se comprende que la preferencia de lo mejor no puede tener un contenido determinado; sino solamente la posición esencial para

toda la educación, comprensiva de las formas universales para la realización de los valores tiene como fin inmediato producir la moralidad. Pero ya queda establecido que por moralidad no entendamos ninguna catequización o preceptiva, definitivamente lograda; sino solamente la dirección fundamental y mejor de la práctica, que lo mismo puede ser válida para el artista que para el soldado. El hombre puede dejar de realizar y de hecho así sucede, una gran cantidad de valores; pero el único valor que el hombre no deja de realizar, pues sin él no se fa h abro, es la bondad; y solo por la bondad se fa h abro de los demás aspectos de su obra. Así, dentro de la actuación histórica la actividad educativa es indispensable para orientarse al valor y la educación consiste principalmente en la formación de los sujetos para el bien. - El bien entendido en su mejor acepción: como el valor fundamental lo mismo para la vida. ^{que para la ciencia} De ahí el fundamento ético original de la educación.

La fundamentación filosófica de la pedagogía se encuentra en la filosofía de la educación. Por lo tanto es la especificación concreta de los problemas éticos que se comprenden precisamente bajo su nombre. Pero esto requiere consideraciones de índole lógica, estética, etc. es aquí solo anuncio. El problema es la realización de los valores puede hacerse ^{de} momento y en forma ingenua como una simple cuestión técnica. Eja. psicológica, pedagógica, o social. Más no debe olvidarse aquella verdad de la lógica para advertir en el comienzo del estudio, en el sentido de que toda ciencia normativa como toda disciplina técnica tiene su fundamento a priori en la teoría, en una ciencia pura.

Por último quiero repetir en la conclusión de estas consideraciones, que el contenido de la cuestión planteada no es técnico; sino estrictamente teórico. Pienso haber demostrado que constituye en su esencia la pregunta fundamental de la filosofía de la Educación. Por la Filosofía de la Educación como cualquier doctrina filosófica es una rama fundamental del conocimiento. Y es preciso aclarar los problemas fundamentales de la formación humana a través de la educación; por que si bien acerca de las cuestiones particulares en este respecto es amplia la doctrina, en cambio la reflexión filosófica no ha penetrado lo bastante en este aspecto.